INTERSECCIONES PSI

REVISTA ELECTRÓNICA DE LA FACULTAD DE PSICOLOGÍA - UBA

INTERSECCIONES

Año 10 - Número 37
Diciembre 2020

Secretaria de Extensión, Cultura y Bienestar Universitario
Pablo Muñoz

Director general
Jorge A. Biglieri

Generación de contenido
Pablo Fernandez

Diseño
Agustina Espector

Diagramación
Alejandro Zeitlin

Colaboran en este número

Julieta Bareiro
Nicolás Bousoño
Analía Cervetto
Abel Cunto
Jimena Grasso
Natalia Helmich
Natalia Milano
Fabio Salas
Valeria Wittner

.UBApsicología

ÍNDICE

Editorial
Alejandra Rojas 3

Por qué fracasan adopciones
Elda Capurro 4

Compulsión y angustia en la neurosis obsesiva
Aridnaj de Oliveira Lima 7

El dispositivo de análisis virtual: de lo previsible e inevitable a lo pertinente y específico
Gustavo Del Cioppo 9

De amor y odio
Luciana Gilgado 12

Deprivación afectiva temprana: W. D. Winnicott y el Caso G
María del Carmen Herrador Tordecillas 13

La lectura de literatura en los talleres terapéuticos
Monica Abud Perez de Cerqueira Luz 17

Adolescencias intervenidas: una perspectiva en situaciones de vulnerabilidad social
Graciela Rajnerman y Griselda Santos 20

El goce de la transgresión en contexto de pandemia
María Belén Ruiu 24

Editorial

Por Alejandra Rojas

Cada número de Intersecciones implica un punto de llegada, momento de síntesis al que anteceden pantallas en blanco, borradores, relecturas, reescrituras e intercambios que van dándole cuerpo hasta convertirlo en ejemplar.

Entonces llega el momento de la publicación, ese instante en el cual se pasa de la intimidad de la preparación a la dimensión de lo público, de lo compartido.

Fruto de un trabajo colectivo, construida con las producciones escritas y fotográficas de graduados/as y profesores/as, porta la riqueza de distintos estilos a la vez que ofrece una multiplicidad de temas.

Como se podrá apreciar en los artículos presentados se trabajan distintas problemáticas, se exponen diferentes lecturas y abordajes teóricos. Escuchar la voz de los autores entre líneas para ubicar la lógica con la que cada uno ellos sostiene su texto puede convertirse en un ejercicio de lectura estimulante.

Cada número se transforma en una oportunidad de hacer lazo, de aprender, de saber y de difundir las producciones de colegas constituyéndose en un lugar de encuentro. Lugar de construcción y deconstrucción de conocimiento en una dialéctica que lleva la impronta de la Universidad Pública.

Así se va escribiendo la historia de nuestra revista en la cual cada volumen se inscribe en una serie en la que cada número es único. Hoy presentamos el número 40 y con él se abre el desafío para una nueva convocatoria.

Los invitamos a recorrer sus páginas con la expectativa de entusiasmarlos a participar de la difícil pero apasionante aventura de escribir.
Cada vez que leemos un texto lo hacemos un poco nuestro, un texto nos dice algo en la medida que haya un lector que le de vida.

Por qué fracasan adopciones

Por Elda Capurro

Creemos que decimos lo que queremos, pero es lo que han querido los otros, más específicamente nuestra familia, que nos habla. Este "nos" debe entenderse como un complemento directo. J. Lacan, Seminario XXIII

En esta oportunidad introduciré una lectura psicoanalítica, el revés de un discurso dominante[i] que promueve ideales, mitos y representaciones contrapuestas, halladas en gran parte del texto de la ley de adopción, en interpretaciones y modos de implementación que conducen a una considerable crónica de fracasos anunciados. El fracaso reside en considerar la adopción sólo como acto jurídico, universal y atributivo.

Se argumenta a viva voz que se trata del interés superior del niño, sin embargo, dicho texto dista en la práctica, de la experiencia traumática por la que atraviesan niños institucionalizados a perpetuidad sin que se considere su situación de vulnerabilidad e indefensión y el requerimiento estructural de ser deseados para su conformación y constitución psíquica. El primer error es considerar al infante como un sujeto ya constituido y no a constituirse tanto erógena como psíquicamente sólo a partir de la intervención de un Otro deseante, participe necesario para el advenimiento de un niño deseante. En esta línea se expulsa y este es otro de los equívocos a considerar, la importancia que el deseo del Otro posibilita, un deseo no anónimo, de alguno o algunos de los postulantes inscriptos, que permite incluir y nombrar al niño en una constelación discursiva familiar, a modo de relevo del anonimato originario de su o sus progenitores. Se omite en el discurso imperante, la importancia fundante del desempeño eficáz de las funciones materna y paterna para los primeros cuidados de un niño, más allá del sexo, caracteres biológicos y apellido del que desempeñe dicha funciones vitales, única vía de acceso para la conformación de un cuerpo erógeno gozante, preliminar de la constitución yoica y vía única de acceso a una elección de objeto de amor.

Etimológicamente, la palabra adopción, adoptare, proviene del latín op, aproximación y optare deseo. Se trata de una "aproximación al deseo de hijo" . Hay deseo porque hay inconsciente, es decir, lenguaje y goce que escapa al sujeto. Hay a nivel del lenguaje algo que está más allá de la conciencia y es allí donde puede situarse la función del deseo.

Para el deseo no hay día, noche, invierno ni primavera. Primera ruptura: no está prefijado como el instinto en organismos animales, no es de origen genético, no se extingue por kilómetros recorridos y por ende no tiene localización geográfica; no se corresponde a edades cronológicas prefijadas ni responde a las leyes de oferta y demanda del mercado.

Interpreto a la adopción, no sólo como acto jurídico sino como un acto que revela la posición deseante de un sujeto, independientemente de su constitución biológica, genética o sexual. Un acto que no es calculado, por eso es creador y fundador de una nueva verdad.

Si en sujetos hablados no existe el instinto materno y los lazos no se heredan, sino que se construyen, entonces para el cachorro humano se trata de la transmisión, de la preexistencia del lenguaje y de un Otro deseante y gozante, que lo piensa y nombra, aún antes de su advenimiento. Sólo así el niño podrá desear y sostenerse como deseante. El deseo como deseo del Otro, implica un lugar de determinación, no hay Otros anónimos. No tener un lugar el Otro como objeto, no es sin consecuencias. El hospitalismo como fenómeno muestra el destino trágico de un niño que no ha tenido un lugar en el Otro.

La familia se construye a partir de un deseo de hijo, única garantía para el desempeño eficaz de una función parental que no se relaciona con lo biológico, anatómico, cronológico u orientación sexual de quién desea cumplirla.

Propongo detenernos en algunos artículos de la ley vigente, modificada en el año 2015.

Al explicitarse en dicho texto como excepcional, la separación del niño de la familia biológica, se multiplican y avalan estragos en la infancia. Al privilegiarse la errónea representación de "instinto materno" o "instinto familiar" y el supuesto "lazo de sangre"[ii] per se, jueces y profesionales de la salud insisten en fallidos intentos de re vinculación, encontrándose imposibilitados de "advertir el no deseo de hijo", por parte de una madre o parientes de origen biológico. Cito El Código Civil y Comercial de la Nación, que en "Principios generales de la adopción" el verbo empleado es agotamiento. "El agotamiento de las posibilidades de permanencia en la familia de origen o ampliada".

Es en esta línea que se producen intervenciones judiciales e institucionalizaciones ilimitadas carentes de orientación y supervisión, que eternizan la repetición de situaciones de anonimato, descuido y maltrato, sosteniendo y prorrogando desde el mismo Estado, el abandono en el que se hallan estos niños y adolescentes. No se conocen números publicados acerca de la cantidad de niños y adolescentes internados, ni del valioso e irrecuperable tiempo de la infancia perdido. Sólo apres coup si se declara el adoptabilidad, se informa a los postulantes seleccionados la cantidad de años que él o los niños y adolescentes han permanecido institucionalizados.

"La legislación para todos" enlazada a ideales, los mencionados en la ley y los que atañen a postulantes, a saber: la exigencia de cercanía domiciliaria al hogar convivencial del niño en situación de adoptabilidad[iii], de una edad cronológica predeterminada, de búsqueda de un estatus económico-social y un diagnóstico médico que destaque y certifique la salud física y la imposibilidad de embarazo. Entramado requerido que obraría a

modo de protocolo universal para las primeras elecciones de postulantes, sin consideración del tiempo de inscripción de los postulantes u orden de prelación, acorde a derecho.

A continuación, me referiré a otra modalidad de selección de postulantes diferente a la descripta, que se aplica sólo en el caso de niños con problemáticas irreversibles y o grupo numeroso de hermanos y o adolescentes en estado de adoptabilidad. La demanda se invierte y es el propio Registro jurisdiccional quien convoca vía correo electrónico a sus postulantes, haciéndoles llegar información particular sobre determinado grupo de niños y desconsiderando la singular disponibilidad adoptiva declarada por cada uno. En caso de no obtener respuesta, cada Registro de Adopción de la República Argentina publica la disponibilidad de niños y adolescentes, a modo de Convocatoria Pública, no siendo condición necesaria para la postulación, haber sido evaluado e inscripto en ese Registro específico, ni formar parte hasta ese momento, de la Red Nacional de Registros; metodología de adopción que objeta al propio texto de la Ley[iv] y a la modalidad de implementación vigente.

Morder el anzuelo de los ideales propuestos, aleja al sujeto de la causa de su deseo, de su singular disponibilidad de hijo, redoblando la trampa neurótica y repitiendo fracasos anunciados[v].

Es elocuente el artículo del Código Civil y Comercial de la Nación que nombra tres situaciones de adoptabilidad[vi], donde en cada una, el texto privilegia paradójicamente la idea de permanencia del niño con sus progenitores o parientes biológicos. En esas tres situaciones, el Estado interviene insistiendo y agotando las posibilidades de que el niño permanezca con progenitores o parientes sanguíneos y para ello otorga plazos de cuarenta y cinco, sesenta y ciento ochenta días como mínimo, que en la práctica conllevan un promedio de cuatro a seis años de institucionalización y es, cabe remarcar, en última instancia que se decreta la posibilidad jurídica de declaración de adoptabilidad. Los profesionales intervinientes deben buscar a parientes de origen, o sea, personas del mismo apellido o grupo sanguíneo como si estos atributos y no el deseo de hijo, garantizaran el cumplimiento de las funciones materna y paterna. Agotar la búsqueda de parientes… impedir que genitores decidan libremente el destino de la adopción de un bebé, instándolos a esperar cuarenta cinco días después del parto sumados a un embarazo de nueve meses [vii]. Insistir en re vinculaciones fallidas, es del orden de una repetición de fracasos anunciados. Suponer que el niño sea alojado y bien tratado por sus progenitores o parientes, cuando precisamente es lo contrario lo que manifiesta y exterioriza ese niño, niños o adolescentes en diversos ámbitos, es una forma de evadir las responsabilidades que corresponden a los numerosos organismos del Estado, cuya función es intervenir para modificar el destino de abandono y maltrato, advirtiendo que, en un grupo de hermanos, alguno de ellos, es decir no-todos, puede manifestar síntomas al respecto.

Cabe preguntarse si las leyes acompañan los tiempos actuales, si podrían modificarse acompañando los cambios subjetivos, teóricos y culturales de la época o si avalan intereses particulares reinantes y conocidos en el vasto campo de la adopción. ¿Habrá posibilidades de introducir otra lógica de intervención? la lógica del no-todo, que incluya y privilegie la particularidad del deseo de hijo: potencialidades y entramado discursivo de cada uno de los postulantes que son excluidos del sistema por no encajar en el universal de ideales buscados, así como también por no considerar su subjetiva y particular disponibilidad adoptiva.

A sabiendas que posibilidades y plazos difieren para niños y postulantes, sean los mismos de CABA (con institucionalizaciones que promedian los cinco años e inscripciones de postulantes de más de diez años), de alguna localidad de la Pcia. de Bs. As. o de cualquier otra Provincia Argentina.

Frente a estas notorias diferencias en años y posibilidades, debidos al privilegio de ideales y contingencia domiciliaria entre otros tantos factores intervinientes, sería de sumo interés para la protección integral de los derechos del niño, adolescentes y habitantes de la Nación Argentina, que se registre y profundice en la causa de los problemas existentes, para la posibilidad de producir cambios estructurales en la Ley y brindar soluciones fundamentadas en función de una verdadera posibilidad de construcción familiar, es decir, generar sin tantos e inexplicables años de demora, encuentros posibles entre cada uno de los postulantes inscriptos y cada uno de los niños y adolescentes carentes de cuidados parentales.

---

[i] Sostenido en Organismos estatales y Organizaciones no Gubernamentales, conformadas por personas que han adoptado, considerándose a sí mismas especialistas en el tema, así como también diversos profesionales que han trabajado, o lo hacen en la actualidad, en organismos públicos dedicados al campo jurídico de la adopción.

[ii] Como referencia de la llamada herencia de sangre en contraposición con los lazos discursivos, la película japonesa del director Hirokazu Kore-eda:. "Like father, like son" traducida como "De tal padre, tal hijo"

[iii] Como contrapartida, es la propia "Convención de los derechos del niño" art.21, inciso a: quien reconoce a la adopción en otro país, como otro medio de cuidar del niño. Argentina no participa de este criterio, Cada Registro jurisdiccional funciona a propósito de la nueva ley, a modo de compartimentos estancos y se apoya en el llamado "principio de identidad cultural del niño".

[iv]Código civil y Comercial de la Nación , Decreto 1328/2009, Reglamentación de la ley 25.854. sobre Regisro Unico de Aspirantes a Guarda con fines adoptivos.

[v] Guía Informativa sobre adopción, DNRUA, Ministerio de Justicia y Derechos Humanos. junio 2015. Ed. Dirección Nacional del Sistema Argentino de Información Jurídica Cap. I: La inscripción actúa como necesaria para establecer una postulación

[v] "Niños y adolescentes adoptados por postulantes tentados, no advertidos ni afirmados en su propio y singular deseo de hijo"

[v] DNRUA,Dirección Nacional del Registro Unico de Aspirantes a Guarda con Fines Adoptivos,Ministerio de Justicia y Derechos Humano s: Guía Informativa sobre adopción. pag.6 y 7. Ed. Dirección Nacional del Sistema Argentino de Información Jurídica. 2016.

"La búsqueda la iniciará el juez entre los inscriptos en el lugar donde el niño,

niña tienen su centro de vida. La ley 26061 sancionada en el año 2005, en su art.3. refiere"al centro de vida como lugar donde las niñas, niños y adolescentes hubieran transcurrido en condiciones legítimas la mayor parte de su existencia. En caso de no encontrar postulantes con el perfil adoptivo necesario, se requerirá al Registro local que amplíe la búsqueda al resto de las jurisdicciones adheridas "en orden de proximidad geográfica" y "manteniendo la prelación de la inscripción". En oposición clara al texto de uno de los beneficios que se detallan del trabajo de la Red Federal de Registros, creada por decreto en el año 2009: "Las personas que desean adoptar realizan una inscripción única en la jurisdicción de su domicilio, cuya validez se amplía a las demás adheridas". En nombre de dicha Red Federal de Registros y de un Registro Unico, se exigió la adhesión de todas las provincias, quedando sin aviso previo anuladas las diversas inscripciones y renovadas posibilidades de tantísimos postulantes habitantes de la República Argentina, con claros números de prelación y cumplimiento de las exigencias específicas de cada uno de dichos Registros Provinciales habilitantes, independientemente de la inscripción en la jurisdicción correspondiente al domicilio de radicación del postulante. Sólo por razones de cercanía esgrimidas en el nuevo texto de la ley, resulta inviable que pretensos adoptantes de Caba o de alguna provincia del sur argentino, sean convocados en Formosa, Catamarca, Salta o San Luis, ejemplos de las últimas provincias que permitían la posibilidad de un encuentro posible entre niños institucionalizados en el interior y postulantes residentes en otras provincias más alejadas de nuestra República Argentina.

[vi]. El niño no tiene filiación establecida o sus padres fallecieron y se agotó la búsqueda de familiares de origen. Para esta búsqueda los profesionales intervinientes tienen un plazo de treinta días que puede extenderse por treinta más.

Los progenitores del niño deciden libremente que el niño sea adoptado. Esta decisión tiene validez después de los cuarenta y cinco días después del parto.

Vencido el plazo máximo de ciento ochenta días desde que se tomó una medida excepcional, aquella a la que se recurre cuando niñas estuvieran temporal o permanentemente privados de su medio familiar o cuyo superior interés exigiese que no permanezcan más allí. Art. 39. (6 meses)

[vii] Si no se le permite a una mujer dar en adopción a su hijo recién nacido y no se promueven leyes para que esto sea viable como las amplias y variadas legislaciones en tantos otros países,,sino que se la castiga proponiéndole que se haga cargo económica y animicamente en contra de su voluntad de ese niño hasta 45 días después del parto, que continué con él , desestimando su propio deseo y decisión subjetiva. Lo que se denomina posibilidad, con dicho condicionamiento deviene un imposible.

Compulsión y angustia en la neurosis obsesiva

Por Aridnaj de Oliveira Lima

Este artículo tratará de la relación entre compulsión y angustia en la Neurosis Obsesiva como entidad clínica forjada por Freud y desde el marco teórico lacaniano como una estructura subjetiva.

Según Mazzuca (2014, p.113):

El término estructura condensa varios sentidos, por una parte, designa que no se trata del nivel descriptivo de la clínica; esto, es decir, que un mismo rasgo de estructura se puede traducir en manifestaciones muy diversas en el registro de las conductas de un sujeto. Por otra parte, indica que sus diferentes componentes no se definen aisladamente, sino que están relacionados entre sí.

La neurosis obsesiva está presente en la obra de Freud desde sus inicios, y aparece en su primera nosología, juntamente con la histeria como resultado del mecanismo psíquico de la represión. Por medio de este mecanismo de defensa, el aparato psíquico reprime las representaciones inconciliables al yo, ocasionadas por una vivencia traumática de índole sexual, separándolas del monto de afecto y formando la instancia inconsciente del aparato. Como lo reprimido siempre vuelve, sea en actos fallidos, sueños, lapsus, chistes, o síntomas, lo que va a distinguir el síntoma histérico del síntoma obsesivo es el lugar donde se van a inscribir esos síntomas.

Distinto de la histeria, que el monto de afecto pasaría por conversión al cuerpo, delimitándolo, en la neurosis obsesiva pasaría por desplazamiento a los pensamientos, estos pensamientos serían representaciones conciliables al yo, que se tornarían obsesivos. El yo obsesivo tiene dificultad de controlar los impulsivos pulsionales, dando al síntoma neurótico el rasgo de carácter compulsivo.

En la Conferencia 17 “El sentido de los Síntomas”, Freud (1917, p.236) va a decir que los pensamientos son el lugar donde se ubican los síntomas del neurótico obsesivo, ideas obsesivas y extrañas de las cuales el sujeto huye horrorizado y se protege de ellas con restricciones y prohibiciones que le hacen la vida casi imposible:

Los impulsos que siente en el interior de sí pueden igualmente hacer una impresión infantil y disparatada, pero casi siempre tienen el más espantable contenido, como tentaciones a cometer graves crímenes, de suerte que el enfermo no sólo los desmiente como ajenos, sino que huye de ellos, horrorizado, y se protege de ejecutarlos mediante prohibiciones, renuncias y restricciones de su libertad. Pero, con todo eso, jamás, nunca realmente, llegan esos impulsos a ejecutarse; el resultado es siempre el triunfo de la huida y la precaución. Lo que el enfermo en realidad ejecuta, las llamadas acciones obsesivas, son unas cosas ínfimas, por cierto, inofensivas, las más de las veces repeticiones, floreos ceremoniosos sobre actividades de la vida cotidiana, a raíz de lo cual, empero, estos manejos necesarios, el meterse en cama, el lavarse, el hacerse la toilette, el ir de paseo, se convierten en tareas en extremo fastidiosas y casi insolubles.

La gran cantidad de energía psíquica utilizada en poner en marcha los pensamientos obsesivos, implica en poca energía para la acción. La posición del sujeto en la estructura, aunque sea inconsciente, implica en una constante procrastinación de su deseo, evitándolo, y de pararse ante la vida sin comprometerse con su propia responsabilidad, atribuyendo al Otro la imposibilidad de realización del deseo.

Lacan dice que esa relación con el Otro, es para el obsesivo una relación de amo-esclavo. En esta relación, como esclavo el obsesivo se cree imposibilitado de la realización del deseo, que el impedimento para tal realización no es él mismo, pero es el Otro, y no le resta más que esperar la muerte del Otro para la realización del deseo. Lacan también ubica en esta relación del obsesivo con su amo la presencia de dos componentes importantes: El desafío y el regalo. El neurótico obsesivo está siempre desafiándose a una tarea realmente difícil que pueda atraer la atención del Otro, de modo de regalar al Otro algo que le haya costado mucho. Pero eso no es gratuito, espera del Otro su merecido reconocimiento.

Eso nos remonta a Freud, y a la importancia que él encuentra de los excrementos, en la constitución subjetiva, en los inicios de la vida infantil. Los excrementos, dice Freud, son vistos por el niño como un regalo que se lo da a la madre, un regalo para lo cual se ha esforzado mucho.

Compulsión y Angustia:

¿Cuál es entonces la relación entre la compulsión obsesiva y la angustia? Para contestar a esta pregunta, es necesario recordar la trayectoria de los síntomas obsesivos que describe Freud: La escrupulosidad y la vergüenza como síntomas primarios, después un estado de aparente defensa lograda, semejante a la salud, pero luego la defensa primaria fracasa y hay un retorno de lo reprimido, es cuando el aparato pone en marcha una nueva defensa, dando lugar a nuevos síntomas, llamados por Freud de formaciones de compromiso o síntomas secundarios.

Como formaciones de compromiso aparecen los actos compulsivos causados por los pensamientos obsesivos, por ejemplo, lavarse las manos varias veces, averiguar inúmeras veces que la puerta está cerrada, acumular cosas que no son necesarias, etc., son la forma que encuentra el sujeto obsesivo para esquivarse de su deseo, el sujeto pone trabas, impedimentos, límites, prohibiciones, reemplaza el acto responsable por actos sin importancia que solo retrasan su vida.

En El hombre de las ratas (1909), el historial donde Freud señala las

principales características de la neurosis obsesiva, vemos: La ambivalencia que consistiría en la presencia de dos mociones incompatible puestas sobre un mismo objeto, como, por ejemplo, una relación de amor y odio hacia una persona; la compulsión a la duda, donde siempre hay una pregunta que no se deja ser respondida; la omnipotencia de los pensamientos, que permite explicar el constante sentimiento de culpa y autorreproche, y que también tiene relación con la ambivalencia, pues, según Freud, el sujeto desea la muerte de quien más ama.

Con la ambivalencia, también tiene relación la última de las características mencionadas: El síntoma en dos tiempos, pues en un primer tiempo el individuo satisface una de las dos mociones, y en otro momento realiza algo que anula las consecuencias de esto, satisfaciendo así, la moción opuesta. Es, por lo tanto, un conflicto que nunca tiene fin, imposible de ser solucionado y que produce mucha angustia, que atrapa al sujeto y paraliza su vida.

Pero eso no es todo sobre la angustia en la neurosis obsesiva. El superyó juega un importante papel en la estructura. Aquí el superyó es altamente severo. Eso se explica porque en la regresión a la fase sádico-anal, hay una articulación con la pulsión de muerte liberada luego de la desmezcla pulsional. El superyó exige mucho del sujeto y a la vez también prohíbe mucho, y como la ambivalencia siempre está presente, así como hay angustia hay también placer, pues al mismo tiempo en que el yo acata la prohibición del superyó, también realiza una acción que anula las consecuencias devenidas de la prohibición, satisfaciendo así la moción opuesta que es de placer.

Aún sobre angustia, y ahora, de acuerdo con los aportes de Lacan, vemos que en el Seminario 10 de Lacan, intitulado La Angustia, Lacan presenta el objeto a como objeto causa de deseo. Necesitamos de ese concepto lacaniano de objeto a para comprender la angustia, y más específicamente la angustia del neurótico obsesivo.

La constitución subjetiva del sujeto se da en presencia del Otro, que es el lugar de los significantes. El sujeto solo se puede constituir como tal por su acceso a la estructura del lenguaje. Pero hay algo en ese proceso que queda afuera de los registros simbólico e imaginario, y este algo es el objeto a, una parte de sí mismo, que se pierde cuando el sujeto nace como sujeto. Lacan lo compara a la placenta, que proviene del mismo huevo que da origen al embrión, pero que debe ser separada del individuo en el momento de su nacimiento. Esa separación se vuelve a repetir a lo largo del desarrollo de la constitución subjetiva, para que ese individuo se torne un sujeto. La pérdida del objeto a implica, por lo tanto, en pérdida de goce.

Una de las formas que asume el objeto a en el Seminario 10 es la forma anal. Ese objeto es también un objeto que se separa del cuerpo, así como el destetarse, es la separación de la madre, que representa separación de una parte de sí mismo, la excreción de las heces también representa un objeto que se separa del propio cuerpo, una parte de sí mismo que es expulsada.

Mazzuca (2014, p.133) explica que:

La importancia del excremento entra en la subjetivación por la vía del Otro, porque el Otro representado por la madre lo demanda. Primero se le pide al niño que se lo retenga, con lo cual se lo reconoce como su pertenencia, después se lo demanda que lo suelte, que lo entregue, como un don.

Lacan apunta que aquí se encuentra la ambivalencia del sujeto obsesivo, introducida en su aparato psíquico como el retener en contraposición al regalar, encontrados en los dos tiempos de la demanda, un primer tiempo donde el objeto es valorizado y un segundo donde es rechazado.

Como ya sabemos lo único que señala la presencia del objeto a es la angustia. La angustia es lo que aparece cuando "falta la falta", o sea, allí donde debería estar la falta que permite al sujeto desear, está el objeto, ese objeto obtura la falta causando angustia. Eidelberg (2014, p. 425) argumenta que ese objeto que debería "permanecer como resto libidinal oculto y animador del deseo, se libera de sus paréntesis, irrumpe y perturba al imaginario, colmando la falta."

En la estructura obsesiva el objeto a tiene el lugar del deseo. El obsesivo pasa la vida intentando evitar el deseo, procrastinando, escapar del deseo es escapar del Otro, porque el deseo es el deseo del Otro. Sus rituales compulsivos hacen el objeto a permanecer oculto y el sujeto no verse a merced del deseo del Otro. Y la angustia es estar atrapado en ese deseo.

Y finalmente, hay un tipo de angustia que puede ser causada si el sujeto pierde la posibilidad de realizar tales rituales, de seguir poniendo en marcha sus actos obsesivos, de seguir evitando el deseo, sea por circunstancias de la vida o hasta mismo por un tratamiento psicoanalítico mal direccionado. Si recordamos que en Freud los síntomas son brújulas que apuntan a lo reprimido, al inconsciente, el trabajo psicoanalítico no debe ser pensado en la eliminación de los síntomas. Intentar impedir que un neurótico obsesivo realice sus rituales compulsivos desencadenaría una angustia insoportable, aún mayor que la angustia en que vive en su propia estructura.

Referencias Bibliográficas:

Eidelberg, A. (2014). Lo actual del Pánico. En: Schejtman, F.(comp). Elaboraciones Lacanianas sobre la Neurosis. (pp.419-432), Buenos Aires, Grama, 2014.

Freud, Sigmund. Obras completas de Sigmund Freud. Volumen X - «Análisis de la fobia de un niño de cinco años» y «A propósito de un caso de neurosis obsesiva» (1909). 2. A propósito de un caso de neurosis obsesiva (1909). Traducción José Luis Etcheverry. Buenos Aires & Madrid: Amorrortu Editores.

Freud, S. (1917). Conferencia 17: El Sentido de los Síntomas. En: Obras Completas. Bs. As.: Amorrortu editores. Tomo XXIII. 1976.

Freud, S. (1926), Inhibición, síntoma y angustia, O.C., XX, A.E., Bs. As., 1976.

Godoy,C. (2014) Conciencia y muerte en la neurosis obsesiva. En: Schejtman, F.(comp). Elaboraciones Lacanianas sobre la Neurosis. (pp.153-184), Buenos Aires, Grama, 2014.

Lacan, J., El seminario, libro 10 "La angustia, Paidós, Bs. As.,2006.

Mazzuca,R. (2014) La Neurosis Obsesiva en la elaboración lacaniana. En: Schejtman, F.(comp). Elaboraciones Lacanianas sobre la Neurosis. (pp.109-152), Buenos Aires, Grama, 2014.

El dispositivo de análisis virtual: de lo previsible e inevitable a lo pertinente y específico

Por Gustavo Del Cioppo

"Lo virtual posee una realidad plena, en tanto que virtual"

Gilles Deleuze, *Diferencia y Repetición*

"Siempre hay una sensibilidad conectiva en un cuerpo conjuntivo, así como siempre existe una sensibilidad conjuntiva en un cuerpo humano formateado en condiciones conectivas"

Franco "Bifo" Berardi, *Fenomenología del fin*

La Pandemia Covid-19 y más específicamente, la cuarentena y el aislamiento social preventivo y obligatorio (ASPO) dispuesto por los gobiernos, propiciaron un escenario donde la relación a lo virtual se vio reforzada y generalizada: "se impuso". Claro está que desde otro ángulo que el de la oferta y penetración tecnológica -proceso en el cual ya veníamos inmersos y que permanece actuante- ya que la singularidad de este giro a la virtualidad fue la de operar como "morada", tanto para lo vincular (afectivo) como para un trabajo analítico posible con los pacientes en medio del descoloque y la incertidumbre generalizada.

Tomaremos estos dos escenarios entramados, para interrogar aspectos de nuestra práctica y plantear especificidades en pos de poder instituir un dispositivo de análisis posible y pertinente -más acá y más allá de la contingencia: el dispositivo de análisis o psicoanálisis virtual (DAV).

Tecnologías y virtualidad

La condición tecnológico-digital es insoslayable al momento de verificar los modos en que se nos propone y habitamos la experiencia hoy. Consecuentemente, la virtualidad, la conectividad, los vínculos socio-técnicos (redes sociales), las mediaciones algorítmicas (Inteligencia Artificial y Big Data), las biotecnologías, etc. nos interpelan promoviendo nuevas condiciones y efectos en la producción de subjetividad, en los estilos vinculares, en la narrativa de la identidad, en la experiencia de la corporalidad, la temporalidad y la espacialidad, entre muchas otras problemáticas.

En este escenario de transformación constante, penetrante y acelerada, vemos afectadas de modos inéditos distintas dimensiones de nuestra vida; alcanzando esto también a nuestra praxis teórico-clínico-profesional, tanto extendiendo "posibles" como generando exigencias de reconfiguración de la teoría, de los métodos, etc.

En este marco y en relación a nuestro quehacer, situamos como un analizador privilegiado el DAV. Entendiéndolo como aquella praxis específica que se despliega mediada por un artefacto tecnológico, una aplicación y/o interfaz digital y un servicio de conectividad.

Al respecto, una cuestión relevante es la captación acerca de cuál venía siendo nuestro margen decisional en la implementación del mismo. ¿Se nos fue configurando como imposición, conminación -diría Levinas, que nos urgió a aceptarlo y tornarlo conveniente sin más? En muchos casos detectamos que dicho dispositivo efectivamente se venía imponiendo sin haberse podido pensar consistentemente sus implicaciones (bienvenidas, interesantes, cuestionables, inquietantes, inaugurales, disruptivas, etc) y su viabilidad.

Parafraseando a Sibilia (2012) nos podemos preguntar: ¿cuándo y cómo constatamos que el consultorio ya no tenía paredes?[1]

¿Se trata estratégicamente de configurar (nuevos) bordes como condición de posibilidad de la (o esa) experiencia analítica?

La escena virtual con la pandemia

Con resabios de modernidad solíamos adscribir al "no se puede pensar sobre la ola, hay que esperar que baje", hoy pareciera no haber modo de pensar sino sobre la ola.

A esta "tecnologización expansiva de las existencias" (Sadin, 2017), proceso brevemente descripto en el apartado anterior y que ya tenía efectos diversos en nuestra praxis, la pandemia y la cuarentena le dieron un envión decisivo (paradójicamente previsible e inanticipable a la vez). El giro a lo virtual -reforzando aquí su carácter acontecimental- nos propuso nuevos modos de hacer experiencia, de habitar tiempos y espacios, de vincularnos con otros y con nosotros mismos, de configurar sensibilidades, etc. Y en el campo profesional, específicamente, nos instó a "recoger el guante", a autorizarnos y poder pensar y teorizar acerca de las nuevas condiciones para un psicoanálisis posible.

Para quienes abrevamos en la perspectiva vincular en psicoanálisis y sostenemos que la misma significó un primer "desencuadre" (vacilación de un tipo de encuadre y de la idea misma de encuadre) respecto de la propuesta ortodoxo-tradicional del mismo, ampliando horizontes y enriqueciendo su praxis teórico-clínica; promoviendo nuevos dispositivos (como el "individual" revisado, el de pareja, familia y grupos y la simultaneidad y variación en los mismos) entre otras reformulaciones y aportes, no debería extrañarnos la posibilidad de que el psicoanalista vincular se habilite al DAV. Ya que, acaso se trate de otro "desencuadre" que invita a la configuración creativa de un nuevo registro y dispositivo, sustentado en la misma plasticidad y consistencia que supo aportar -y aporta aún- la perspectiva vincular.

Especificidades

Tomando dicho desafío y como punto de partida, proponemos algunos conceptos que entendemos de valor operacional para el DAV.

El primero remite a la noción de presencialidad como aquella que da cuenta

de las formas experienciales (senso-perceptivas, semióticas, afectivas, gestuales, técnicas, etc.) de habitar, de constituirse en el registro de la escena virtual; intentando superar así la dicotomía presencia-ausencia, que resulta improcedente y limitada para dar cuenta de la experiencia en dicho registro. En otras palabras, la fluidez y los pliegues de lo virtual habilitan nuevas formas de decirse y/o asumirse presente o ausente que no son ni lo uno ni lo otro estrictamente, porque ya no son esas las categorías decisivas.

El caso paradigmático es el mero hecho de estar online, conectado, disponible, que implica una presunción de presencia y ausencia a la vez; a esa figura, hasta ahora inaprensible y paradójica, la denominamos presencialidad o siendo más estrictos, nuevas presencialidades (si sumamos el chat, los audios, la video-llamada, etc. aún con sus diferencias, componen y comparten esa figura).

El otro concepto es el de interficie, con él intentamos dar cuenta del campo acontecimental e inmanente de lo actual y lo actuante en la escena del encuentro virtual.

La escena virtual se configura situacionalmente como una interficie; la misma es efecto y posibilidad de un juego de interacciones humanas, artefactuales y digitales (mediaciones semio-técnicas, trama de corporalidades y presencialidades a la vez). En otras palabras, la interficie es su locus. En nuestros términos podemos arriesgar que se configura como un "entre", un nuevo pliegue acontecimental y performativo del mismo (acaso también un nuevo registro de alteridad).

En la interficie, la temporalidad puede ser sincrónica o asincrónica; la espacialidad compuesta (online-offline) y multisituada; y se propicia una nueva proxémica (relaciones y percepciones de proximidad, de distancia, etc). Se configura entonces una temporalidad-espacialidad que des(re) localiza las categorías de tiempo-espacio clásicamente planteadas (y hoy dislocadas) así como complejiza las categorías de presencia y ausencia. Supone además flujos, ritmos e interferencias específicas.

Todo esto demanda una profunda reformulación del concepto de "cuerpo" hacia el de una "experiencia de la corporalidad" extensiva y multidimensional. Con alguna reserva, pero en esta línea, podemos citar a Lévy cuando sugiere que "mi cuerpo personal es la actualización temporal de un enorme hipercuerpo híbrido, social y tecnobiológico" (Lévy, 1999, p. 24).

Pensamos la "experiencia de la corporalidad" como un territorio de pulsiones, potencias, conjunciones, conexiones, atravesamientos, vibraciones y capacidades de afectación. Como un devenir actuante y vinculante que no podrá sino transformarse y configurarse, alojando, resistiendo y atravesando los cambios y mutaciones -tecno-epocales por caso- ya que no será sin ellos, ni por fuera de ellos. En otras palabras, la "experiencia de la corporalidad" irá dando cuenta de nuevos estilos de experiencia (Del Cioppo, 2019).

Es por todo ello que, cuando a menudo escuchamos decir que en el análisis virtual "no está el cuerpo" planteamos que no hay manera de que el cuerpo no esté presente; en todo caso habrá que discernir cuál es la forma de su "estar-hacer" o de qué "cuerpo" se habla cuando se lo da por ausente (siempre hay "experiencia de la corporalidad"). Reconocemos que hay dimensiones que pueden no estar "presentes" ¿pero pueden a la vez o paradójicamente estar en juego? Proponemos como analizador el hecho de que aun cuando la objeción pase por los sentidos actuantes (visión y audición en el DAV) y los que no, ya Merleau-Ponty (1969) planteaba al respecto, que la sensopercepción es una operación de cuerpo entero, a la vez entendida como una experiencia de representación donde cada sentido percibe en nombre propio y en nombre de lo que el resto de los sentidos podría hacer en ese encuentro. La sensopercepción es un encuentro. Dicho de otro modo, si bien quedan privilegiados ciertos sentidos, en representación y por delegación, estos actúan y actualizan las otras formas de encuentro posibles a nivel sensoperceptivo.[2] Por caso -y tensando un poco más la cuestión- ¿de qué hablamos cuando decimos "escucha" en psicoanálisis? ¿Del sentido de la audición, de oír? Claramente, no. Hablamos de una experiencia compleja de disponibilidad y sensibilidad, de apertura y encuentro, de un clima en el que siempre hay afectación y compromiso corporal: escuchamos con todo el cuerpo (y la voz y la palabra no son sin él). Si damos un paso más, no podemos sino resaltar aquí la importancia que cobran las pulsiones escópica e invocante y el campo que cubren en el DAV.

Entonces, consecuentemente diremos que lo anteriormente señalado es por demás importante porque supone un punto de partida diferencial con respecto al dispositivo y propuesta de análisis virtual, a saber: desde el déficit (ausencia de) o desde la especificidad. Si elegimos este último, aun reconociendo sus diferencias -que las hay- pierde sentido la comparación -sobre todo jerárquica- entre el dispositivo de presencia inmediata y el DAV; y se potencia la elaboración de una clínica con bordes y registros novedosos, dado que al DAV no sustituye, sino que instituye: no se trata de reemplazar lo irreemplazable, sino de instituir una práctica que comparte territorio, pero tiene geografías distintas.

Perspectivas

Lucas y María, promediando el tercer mes de tratamiento de pareja en dispositivo virtual, se sientan frente a la cámara y no parecen estar preocupados -como otras veces- por quedar bien "encuadrados" por esta, están ocupados en sostener una distancia afectiva entre ellos y esto es lo que prima. "Nos peleamos, mal" -dicen. Están dolidos, enojados, distanciados y con miedo. Desde la perspectiva del analista se perciben en el centro los efectos de la pelea: el espacio afectivo elocuente que los separa y hacia los márgenes de la imagen/pantalla a ellos, la mitad de cada uno de ellos, la otra mitad está fuera del cuadro, se "desencuadra".

El analista resuelve avanzar sin hacer lugar a una posible reacción -acaso particular del DAV- que hubiera sido el reflejo de invitarlos a "encuadrarse" para "verlos bien". Ese tipo de acción forma parte habitualmente del preámbulo de comienzo de sesión, en el cual se realizan chequeos y ajustes con los pacientes para configurar aspectos de la interficie: "¿me ven bien?", "¿Nos ves y nos escuchas?"; "Me cambio de lugar porque no te veo bien con el reflejo"; "¿Ya estamos entonces?", etc.

En la sesión de la que es objeto la viñeta, por el clima afectivo reinante, detectamos que no había disponibilidad para ese preámbulo y que sólo si se produjera alguna interrupción o problema con la conexión, hubiera sido pertinente.

Más allá de los avatares clínicos no analizados aquí[3] y los matices opinables respecto del recorte y su lectura, remarcamos algunas cuestiones. Desde la singularidad del "caso por caso" siempre vigente, la particularidad del DAV y nuestro caso plantean una interficie acontecimental con "bordes" que exigen pensar otros pliegues del adentro-afuera, de lo próximo-distante, etc. Complejizando: ¿lo que se "desencuadra" queda afuera? ¿De qué? ¿No conviene estratégicamente preguntarse de qué modo se muestra? ¿Acaso cuál es su presencialidad? ¿Entonces estamos diciendo que la interficie del DAV lo abarca todo? No, estamos proponiendo un "no-todo" inédito que no

se deja capturar sin nuevas categorías de registro. Lo mismo con el concepto de cuerpo, las corporalidades distantes, dolidas, miedosas -también furiosas- como experiencias ostensibles tenían centralidad en la interficie para el analista (y en el analista); más allá de la no presencia inmediata y de la fracción de los "cuerpos" fuera o dentro del cuadro. Si descentramos como paradigma de afectación la figura clásicamente definida como "cuerpo a cuerpo" ¿asistiremos a formas inéditas de expresión de la corporalidad sensible? ¿Cuáles serán sus activaciones privilegiadas en contextos de hibridación con sistemas digitales?

Queda claro que son muchas las cuestiones que se abren y nos interpelan, creemos que ante todo se trata de un problema de "perspectiva"; es decir, desde dónde o cómo nos posicionamos para leer y registrar los fenómenos y las prácticas novedosas. ¿Nos posicionamos críticamente, incuestionadamente, resistencialmente, creativamente? ¿Cómo nos disponemos a estos nuevos pliegues de alteridad? ¿Cómo nos proponemos analistas?

-¿Desconectamos acá…?

Bibliografía

-Berardi, F. (2016): *Fenomenología del fin. Sensibilidad y mutación conectiva, Buenos*

Aires, Caja Negra, 2017.

-Del Cioppo, G. (2011) "Una aproximación al vínculo (de pareja) desde las experiencias del tiempo y del espacio", en ***Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo,*** Volumen XXXIV - N°1 - 2011, pp. 117-132. ISSN N°1851-7854.

-Del Cioppo, G. (2019) "Cuerpos en el tiempo o la experiencia de la corporalidad", en ***Revista de la Asociación Argentina de Psicología y Psicoterapia de Grupo,*** Volumen XLII - 2019, pp. 89-101. ISSN N°1851-7854.

-Deleuze, G. (1968) ***Diferencia y Repetición***, Buenos Aires, Amorrortu, 2018.

-Lévy, P. (1995) ***¿Qué es lo virtual?,*** Barcelona: Paidós, 1999.

-Merleau-Ponty, M. (1969) ***Fenomenología de la percepción,*** Buenos Aires, Planeta-Agostini, 1993.

-Sadin, E. (2017) ***La humanidad aumentada: la administración digital del mundo,*** Buenos Aires: Caja Negra.

-Sibilia, P. (2012) ***¿Redes o paredes?***, Buenos Aires: Tinta Fresca.

---

[1]Si bien en el presente texto privilegiamos como interficie la videollamada (usualmente referida como "atención por Skype"), no debemos soslayar la dimensión de las interacciones con los analizantes a través de otras plataformas como Whatsapp -o similares: ese mundo de textualidades significativas y exigencia de disponibilidad (sin paredes ni horarios). E incluso, sus formas de participación en la sesión misma (lectura de mensajes, escucha de audios y muestra de videos donde el otro no aparece únicamente por la vía representacional del relato sino que adquiere presencialidades diversas).

[2]Acaso esto explique en parte, el cansancio diferencial que sentimos al cabo de una jornada de atención de pacientes en el DAV.

[3]Por ejemplo, bien podríamos dar una discusión acerca de la pertinencia del dispositivo frente al potencial despliegue de violencia entre ellos; y aquí nos referimos tanto al de pareja como al DAV.

De amor y odio

Por Luciana Gilgado

El presente artículo aborda el surgimiento de los colectivos sociales como respuesta a los actos violentos (femicidios, racismo), actos que siguiendo los desarrollos freudianos son expresión de la pulsión de muerte, de la satisfacción de la agresión a expensas del semejante. En la eterna lucha entre Eros y Tanátos, los colectivos sociales ("ni una menos" "Black lives matters"), evidencian el amor como poder, el lazo social como trasformador de la realidad.

"Que el mundo fue y será una porquería, ya los sé" comienza el gran tango "Cambalache" y confronta con aquella frase, que denota cierta esperanza, con la cual Freud concluye "El malestar en la cultura". Allí sostiene que el destino de la especie humana dependerá de que el desarrollo cultural logre dominar los problemas de la convivencia producto de la pulsión de muerte. Lo mismo no encuentra asidero en la realidad: violencia, explotación, discriminación, segregación siguen tan presentes en los vínculos de hoy como en los años del nacimiento del psicoanálisis. Se erigen, así como perennes los desarrollos freudianos respecto a las dificultades en las relaciones sociales en tanto las personas intentan satisfacer la necesidad de agresión a expensas del prójimo, y dado que la inclinación agresiva es una disposición originaria del ser humano fue y es necesaria la coerción externa, la creación de un ordenamiento tanto jurídico como religioso para regular los vínculos entre los individuos.

Pero la agresión no es sin el amor. El amor no en su versión sacrificial como la que esgrime Freud: la mujer abnegada por sus hijos junto a un hombre que solo la quiere como objeto de satisfacción sexual. Tampoco en el sentido de un amor universal, amor a todos por igual, tan sacrificial como el anterior. Sino el amor como "poder", Eros en tanto fuerza de cohesión cuya función radica en unir a los individuos. El amor como respuesta a los actos violentos como el femicidio o los vinculados al racismo, solo por mencionar algunos. En este sentido, frente a la expresión del goce oscuro que violenta y aniquila el cuerpo o la subjetividad del otro, nos aunamos: "Ni una menos", "Black lives matters" (las vidas negras importan) y muchos otros movimientos sociales que "protestan" frente a la injusticia y manifiestan la desilusión ante la monstruosidad de las acciones de las personas y los Estados.

Y así en estas "protestas", en una sociedad caracterizada por el individualismo y la fragmentación florecen "colectivos sociales" que expresan la organización y acción conjunta en pos de una re-configuración social alternativa: una sociedad más justa, más democrática que inhiba la satisfacción directa de las pulsiones (Delgado, 2015)

Frente a la imposibilidad de erradicar la pulsión de muerte estos "colectivos" evidencian el esfuerzo del Eros por afianzarse en esa lucha contra Tánatos, modo de dar batalla a la hostilidad y la violencia, a la supremacía del goce de unos sobre otros. A partir del horror habilitan un lugar de encuentro, posibilitando lazos solidarios y de compañerismo.

Nacen así colectivos que evidencian el amor como poder: los lazos como transformadores de la realidad.

¿Quién puede prever el desenlace de la lucha entre Eros y Tánatos? se pregunta Freud a modo de cierre en "El Malestar en la Cultura", contestándose en la misma frase al caracterizar a los contrincantes como "eterno" e "inmortal": lucha inclaudicable en tanto el goce no es eliminable… pero el amor tampoco. Solo resta con nuestros actos, como individuos, grupos, sociedades torcer la balanza a favor de uno u otro.

Bibliografía

1- Delgado, O (2015) "La indignidad del estado terrorista argentina" En *Conjeturas psicoanalíticas,* O Delgado (Comp.). Buenos Aires Grama editores.

2- Freud, S. (1929) "El malestar en la cultura". En *Obras Completas,* Buenos Aires Amorrontu editores, XXI.

Deprivación afectiva temprana: W. D. Winnicott y el Caso G

Por María del Carmen Herrador Tordecillas

El presente trabajo analiza y sintetiza conceptos básicos de la teoría de W.D. Winnicott para comprender sus principales aportaciones a la psicopatología infantil. Es a partir de la "deprivación afectiva" en la infancia que Winnicott explica un posible desarrollo de patologías severas. Por ello, tanto su teoría como este trabajo hacen especial hincapié en la importancia del ambiente "suficientemente bueno" y las cualidades de éste en los primeros años de vida para un desarrollo psíquico y social saludable.

Este trabajo se realiza mediante una revisión teórica y su aplicación en la práctica clínica sicodramática del modelo de Jaime Rojas-Bermúdez en el Caso G, expuesto al final.

Winnicott acuña el concepto de "deprivación" no solo para hacer referencia a la privación afectiva sufrida en la primera infancia, sino también, para explicar que hubo un tiempo inicial en el que el/la bebé tuvo cuidados satisfactorios, y, más tarde, en algún momento y durante un tiempo prolongado, fue privado de éstos. Ello podría ser consecuencia de una ausencia prolongada debido a una grave depresión, ambivalencias en el contexto o, incluso, rechazo (consciente o inconsciente) por parte de sus progenitores/as.

Esta privación en edades tempranas sería un índice significativo para el desarrollo de futuras patologías severas asociadas a las dificultades en el desarrollo de las potencialidades biológicas, emocionales y psicológicas para llegar a alcanzar la unidad psicosomática. Es por ello que Winnicott hace especial hincapié en la importancia del medio ambiente satisfactorio (madre suficientemente buena y un padre/madre con sentido de la tarea para proporcionar un medio adecuado) y en pensar todo el tiempo en el/la niño/a en desarrollo (Winnicott, 1979). Según este psicoanalista, en términos de personalidad y desarrollo emocional hay una enorme distancia entre el/la bebé recién nacido/a y el/la niño/a de cinco años. La única manera de acompañar ese desarrollo consiste en proporcionar ciertas condiciones. Tales condiciones solo necesitan ser tolerablemente buenas, ya que la inteligencia de un/a niño/a se torna cada vez más capaz de soportar las fallas y hacer frente a las frustraciones mediante una preparación anticipada. Estas condiciones necesarias para el crecimiento individual del/a niño/a no son en sí mismas estáticas, determinadas y fijas, sino que se encuentran en un estado de cambio cuantitativo y cualitativo acordes a las necesidades cambiantes y la edad del/a niño/a.

Sin embargo, en situaciones de deprivación en la infancia como consecuencia de ausencias de la madre o el padre, las condiciones anteriores se ven suspendidas o intermitentemente suspendidas. En el caso de las ausencias cortas, el/la niño/a recurre a la persistencia del recuerdo materno o paterno y la representación interna como recurso psíquico para sobrellevar tal adversidad procedente del ambiente. Pero, si las ausencias son largas, se produce una descarga del objeto, con lo que se perderá el recuerdo y esto mismo sucederá con otros objetos, rompiéndose así la continuidad del Self (término de Winnicott que se ampliará más adelante). Existen numerosos estudios empíricos del psiquiatra psicoanalista René A. Spitz (1952) sobre privación emocional en la infancia con bebés y niños/as institucionalizados/as, en los que concluye que al no existir una sustitución adecuada (según el autor, de la madre), el desarrollo del/a niño/a se ve retrasado en el curso de los primeros meses de separación, seguido de un progresivo deterioro físico, emocional y vincular en los primeros años de vida, llegando incluso en los peores casos al fallecimiento del/a bebé.

Para Winnicott, las patologías más severas como la psicosis tienen una base en las etapas tempranas y la ausencia de cuidados conduciría a lo que denomina desintegración. En el caso contrario, la presencia de cuidados afectivos adecuados llevaría a la integración del/a bebé, imprescindible para la posterior constitución de la unidad psicosomática a través del proceso de personificación que dará lugar a la futura capacidad de establecer vínculos interpersonales y de objetos a lo largo del desarrollo. Los pasos a seguir en el camino evolutivo del/a bebé hasta llegar a la mencionada integración de la unidad psicosomática constituye uno de los puntos más importantes de la obra de Winnicott, en base a la cual explica el pasaje del/a bebé al mundo externo. Sobre dicha integración se conformaría el sentimiento de identidad y personificación que este psicoanalista conoce como persona total.

La continuidad de la experiencia anterior está directamente relacionada con la constitución del Self ya mencionado, concepto difícilmente definido por Winnicott y que hace referencia a un elemento existencial en el reconocimiento individual como persona única en su totalidad. Para que el/a niño/a lleguen a este punto de su desarrollo, debemos contemplar no solo la presencia-ausencia de cuidados satisfactorios en la infancia como un acontecimiento puntual, sino la constancia objetal, los ritmos y tiempos para cubrir las necesidades de calma en los estados de angustia y/o excitación del/a bebé. La constancia del objeto (externo al bebé, ya sea la madre o el padre) y sus funciones permitirán la adecuada organización interna del aparato psíquico. Entre las principales funciones para Winnicott, nos encontramos:

Capacidad de la madre de identificarse inicialmente con el/la bebé para presentar el pecho en el momento justo que el bebé lo necesite.

Capacidad de la madre en presentarle objetos que la reemplacen e identifiquen o representen (objeto transicional).

Capacidad de la madre de retirarse a tiempo y darle al/a bebé la posibilidad de ser creativo/a con todo lo que se encuentre, es decir, permitir que sea dueño/a de su mundo.

En este sentido, adquiere especial relevancia las técnicas de cuidado infantil atribuidas a Anna Freud (1977) y sus observaciones trabajando con niños/as de guerra. En su libro "El psicoanálisis y la crianza del niño", la psicoanalista

ejemplifica con total claridad el desplazamiento en niños/as de los aspectos afectivos de la identificación, que pasa del/a que pierde el objeto a ser el objeto perdido. Es decir, en su trabajo con niños/as institucionalizados que habían perdido a sus progenitores/as en la guerra (II G.M.), observa que éstos/as experimentan no tanto la tristeza de su propia separación, totalmente real, sino que les apena intensamente el profundo deseo de la madre/padre por estar con ellos/as, sumado a los comportamientos que manifiestan (desorganización, pérdida de pertenencias, dificultades de atención y para establecer nuevos vínculos, etc.), afirma "(…) Cuando nos remontamos a su fuente, se revelan como basados en acontecimientos de la temprana niñez en los que quien pierde objetos, había sido 'perdido' él mismo, esto es, se había sentido abandonado, rechazado, solo, y experimentando con mucha intensidad como propias todas las dolorosas emociones que les atribuye posteriormente a los objetos que pierde."[1] Asimismo, añade que las cosas difieren cuando el debilitamiento y la ruptura del vínculo emocional se hace visible en el/la niño/a, además de sus progenitores/as: "(…) Conocemos niños de todas las edades cuya capacidad de amor objetal se halla subdesarrollada por razones internas o externas, innatas o adquiridas. Este efecto puede hacerse manifiesto a través de síntomas de vagabundeos tempranos, perderse a menudo, hacer la rabona en la escuela, etc. En estos casos, los niños no acusan a otros ni se sienten tampoco culpables" (Freud, A., 1977, 153).

El desarrollo de las relaciones interpersonales y objetales, en casos socio-históricamente devastadores (situaciones de guerra, crisis migratorias, etc.) de menores en situación de privación/pérdida de sus familias, nos llevan a pensar en los orígenes de patologías fronterizas, psicosis o conductas antisociales en la infancia, adolescencia y/o pacientes adultos.

Hoy en día en la práctica clínica de la psicología (en el presente trabajo, desde la metodología terapéutica del sicodramática, modelo Rojas-Bermúdez[2]), aparecen patologías infantiles severas donde prevalecen manifestaciones generales tales como: desorganización interna (pensamiento/emociones) y externa (conciencia corporal), ausencia de límites y sentimiento de culpa, dificultades para establecer y mantener vínculos, comportamientos agresivos e impulsivos, entre otros. Al historizar cada caso en las entrevistas iniciales con familiares se observa, en consonancia con la teoría winnicottiana y las afirmaciones de los estudios de Anna Freud, que durante un tiempo (normalmente prolongado) del desarrollo del/a niño/a, el padre o la madre estuvieron ausentes, privándole de necesidades afectivas adecuadas al momento evolutivo en el que se encontraba. Al mencionar "ausente", se hace referencia no solo a la ausencia física (viaje largo, un fallecimiento, trabajo, etc.) sino también a la ausencia afectiva (rechazo, patología psíquica de alguno/a de los/as progenitores/as o dificultad para satisfacer las necesidades del/a niño/a). Veamos todo lo anterior con el siguiente caso:

Caso G: Jugar con las ausencias

Primeros datos y motivo de consulta:

G., paciente de 8 años. Acuden los padres de G. a consulta psicológica preocupados porque desde la escuela se quejan de su falta de atención y dificultades para relacionarse con sus compañeros/as. Además, relatan que en casa es muy desorganizado con sus cosas, despistado y llora intensamente cada vez que hay un límite/reto a lo que se le suman unos pequeños "gritos" que la familia no soporta. No es menor el detalle de que el padre relata, entre risas y despreocupado, los juegos en solitario de G. Donde predomina la "explosión" y las catástrofes climatológicas (huracanes, tsunamis, etc.) Que hacían desaparecer todo aquello con lo que estuviese jugando. El padre lo consideraba como algo particular y gracioso de la personalidad de su hijo. Hasta el momento, todos estos comportamientos de G habían sido justificados tanto en la escuela especial como por sus padres bajo el diagnostico neurológico de retraso cognitivo leve (a sus cuatro años de edad).

Tratamiento psicológico y desarrollo de sesiones (metodología sicodramática modelo Rojas-Bermúdez)[3]:

Durante las primeras sesiones, el trabajo con G estaba destinado a juego libre, donde podía elegir entre pequeños animales o títeres para contar algún acontecimiento cotidiano para G, "un día en la escuela", "ir/volver a la escuela", "cuando mamá o papá se iban a trabajar", "ir al baño/dormir/comer". Manifestaba una llamativa atención por los títeres, humanizándolos y saludándolos con cariño (a veces los saludaba con besos y acunaba). Sin embargo, durante el juego se les perdían constantemente en el momento que dejaba de usarlos por unos minutos. En estos primeros juegos, efectivamente predominaba el caos, destrucción, desaparición-aparición y la muerte. Fuera cual fuese la historia que relataba de su familia, siempre aparecía un tsunami que hacía que todos se muriesen o desapareciesen.

Estos mismos juegos libres pasaron a ser dirigidos y dramatizados, G. pasaba a tomar la función de los objetos que desaparecían o morían, mientras que la terapeuta, por momentos en el rol de yo-auxiliar, se colocaba en el rol complementario durante el desarrollo del juego[4].

Juego: "¡acá estoy!"

Este juego consistía en esconderse y ser encontrado por la terapeuta. En un inicio, era significativo que al "ser encontrado" G. no manifestaba ningún signo de gratificación, es más, en ocasiones continuaba el juego como si nada, escondiéndose en un nuevo lugar en el consultorio. Este mismo juego fue realizado con figuras de animales elegidas por él, por las que sentía cierta predilección (por la textura suave y blanda). Al comienzo del juego, él escondía estos animales, seguidamente la terapeuta los buscaba y, finalmente los encontraba con gran sorpresa y aclamo, a lo que G. reaccionaba con entusiasmo y excitación. Después el juego pasaba a la inversa, era G. quien buscaba y encontraba, manifestando excitación y alegría al encontrarlos. En este último caso decía: "los animales solitos estaban tristes y ahora se alegran que están con su mamá" (G. tomaba implícitamente el rol de la mamá). En las sesiones siguientes, fue G. quien pidió jugar a esconderse él mismo, para ser encontrado; Para entonces, pedía que la terapeuta fuese "la mamá" y él sería el "bebé". En este último juego en el que G. dramatizaba el lugar del "bebé", que en realidad era entendido que este bebé era él mismo unos años atrás, al ser encontrado gritaba "¡acá estoy!" y se excitaba tanto como en los juegos anteriores.

Los juegos relacionados con la desaparición-aparición parecían remontarse a los dos años de G., cuando tanto su madre como su padre trabajaban fuera de casa y él pasaba casi la totalidad de sus días durante un año (hasta los tres años) con una cuidadora, que al parecer no se hacía cargo de las necesidades afectivas del niño y lo dejaba llorando durante horas. En las entrevistas intercaladas con los padres, la madre en particular, sentía mucha culpa que le impedía trabajar abiertamente este acontecimiento y, el padre, por su parte, negaba la importancia de este suceso. Seguidamente, la madre, la cual mostraba más implicación en el tratamiento de su hijo (quizá por la propia culpa, haciendo con ella algo más reparador), comenzó con atención psicoterapéutica.

No es casual entonces, que un año más tarde, a sus cuatro años, G. fue diagnosticado con retraso cognitivo leve. A esa altura, G. mostraba indiferencia frente a la mayoría de los estímulos procedentes del ambiente (personas u objetos).

Los juegos en terapia de "esconderse-ser encontrado" en sus distintas versiones, permitió en primer lugar la identificación de G. con el objeto (figuras de animales) a través de los cuales expresaba sus propias emociones de satisfacción al sentirse deseado-encontrado por otra persona, en este caso, la mamá. Además, la fijación de G. estaba en tomar el lugar de un bebé (que decía tener dos años) lo cual remitía a la situación traumática de sentirse abandonado por sus padres y totalmente desatendido por la cuidadora. Después de varias sesiones semanales con este juego y similares, pudo jugar en el momento presente, con 8 años, pasando de la inhibición emocional inicial a la satisfacción de ser encontrado y de encontrar, poniéndose en el lugar de la otra persona.

Juego: "Ya no estoy"

El segundo juego más habitual de G. era "hacerse el muerto". Este juego se intercalaba con el anterior durante los primeros meses de terapia. Consistía en tumbarse bocarriba en medio de una alfombra y colocarse una tela azul o roja encima (las telas son otro recurso en sicodrama para construir imágenes o representar objetos/síntomas/emociones/situaciones, etc.), y enunciar: "ya no estoy" o "estoy muerto". Del otro lado, al no responder a las preguntas de la terapeuta (¿Cómo te sentís ahí? ¿Quién sos?, etc.), ésta se coloca complementando el juego, manifestando que siente pena porque G. no está. En ese momento, G. se sacaba la tela, se levantaba y decía que era una broma.

Este mismo "juego" pasó a ser jugado y dramatizado con los títeres. Al inicio G. elegía un títere de una mujer muy mayor que al morirse se transformaba en una especie de "muerta viviente o zombie" y por las noches entraba en los sueños de todas las familias y se los llevaba para morirse, dejando a los hijos más pequeños solos (G. es el hermano pequeño de tres varones). Los juegos relacionados con la muerte habían aparecido desde que, según una entrevista con los padres, se le "ocultó" a G. el fallecimiento de su abuela a sus 7 años, con la que hablaba semanalmente por teléfono y veía pocas veces al año, pero mantenía una afectiva relación. Mediante este juego, se observaron las dificultades en relación a la comprensión y elaboración del duelo del fallecimiento de la abuela por parte de G., ya que a los siete años de edad no se tienen recursos intelectuales y de simbolización suficientes como para entender dicha pérdida y es necesario el adecuado acompañamiento de un adulto y de una total honestidad adaptada al menor, algo de lo que los padres de G. no tomaron partida alguna. Tal vez, esta ausencia de acompañamiento y honestidad por parte de sus padres, hizo que G. con sus recursos cognitivos y emocionales disponibles, creara una realidad pseudo-reparatoria y donde pensara que lo mismo que le pasó a la abuela, podría pasarle a su mamá, papá y hermanos (muerte o abandono de los padres como uno de los mayores miedos en la infancia), según la lógica de G. a través de la abuela-zombi que se adentraba en los sueños. Las ideas persistentes de personas de su familia que se morían fueron pasando a medida que en el trabajo terapéutico se pudo simbolizar y dar significado al fallecimiento de su abuela a través del juego con títeres: se realizó un entierro y una despedida del títere-abuela donde dejaba de ser zombi y volaba a otro lugar (a veces el cielo, otras veces sobre el mar, etc.).

Conclusión

El trabajo anterior, nos hace pensar en la importancia de la experiencia del juego en la infancia y la porción de vida que ocupa para el niño o la niña. La personalidad en la infancia se desarrolla básicamente a través de su propio juego y de las invenciones relativas al juego de otros/as niños/as de personas adultas. Tal y como afirma Winnicott (1993, 155) "Al enriquecer el juego, los niños aumentan gradualmente su capacidad para percibir la riqueza del mundo externamente real. El juego es la prueba continua de la capacidad creadora, que significa estar vivo". Y añade: "Los adultos contribuyen aquí al reconocer la enorme importancia del juego, y al enseñar juegos tradicionales, pero sin ahogar o corromper la inventiva de los niños". En esta misma línea, el uso del juego en terapia facilita generar creativamente situaciones reparatorias a las vivencias traumáticas.

El caso G, continúa en tratamiento en la actualidad tras dos años desde su inicio. Analizando y articulando este trabajo terapéutico junto a la teoría de Winnicott en relación a la deprivación en la infancia, nos permite seguir formulando preguntas (sobre éste y otros casos similares) con las que seguir trabajando, tales como: cómo sigue operando la culpa de la madre de G. de una forma saludable y constructiva en el desarrollo del niño; de qué manera trabajar con el rechazo (consciente o inconsciente) de uno de los progenitores y las consecuencias en su progreso sin dejar de tener en cuenta la situación de pandemia actual en la que nos encontramos; cómo afecta y seguirá afectando en un futuro la prohibición actual del contacto con la red social extensa de los niños y niñas (abuelas, tíos, primas, compañeros y compañeras de escuela, etc.) en su desarrollo psicológico, físico y social.

Bibliografía

Freud, A. (1977): El psicoanálisis y la crianza del niño. Ed. Paidós. Buenos Aires.

Freud. S. (1920): Obras completas de Sigmund Freud. Más allá del principio de placer (1920). Volumen XVIII. Traducción José Luis Etcheverry. Amorrortu editores. Buenos Aires & Madrid:

Pelorosso, A. (2006): El niño, el juego y el analista. Sobre la clínica infantil de D. W. Winnicott. Núm. 9. Revista de Psicoanálisis con niños, For-da. Bs. As.

Rojas-Bermúdez, J. G. (2017): Teoría y Técnica Sicodramáticas. Ediciones Punto Rojo. Sevilla. España.

Spitz, R. A. (1952): Psychogenic Disease in Infancy. Sub. Esp. Recurso digital. Video.

Winnicott, D. W., (1993): El niño y el mundo externo. Ediciones Hormé. Buenos Aires.

Winnicott, D. W. (1992): Clínica psicoanalítica infantil. Ediciones Hormé. Buenos Aires.

Winnicott, D. W. (1993): La teoría de la relación entre progenitores-intante. Paidós. Buenos Aires.

Winnicott, D. W. (1979): Realidad y juego. Ed. Gedisa. Barcelona.

Winnicott D. W. (2008): Los bebés y sus madres. Paidós. Barcelona.

Winnicott, D. W. (1990): El gesto espontáneo. El proceso de maduración y el medio ambiente facilitador. Paidós. Barcelona.

Winnicott, D. W. (2006): El hogar, nuestro punto de partida. Paidós. Buenos Aires.

Winnicott, D. W. (2006): La familia y el desarrollo del individuo. Ediciones Hormé. Buenos Aires.

---

[1] Ver Anna Freud (1977) en su libro “El psicoanálisis y la crianza del niño” Cap. IX “La pérdida de objetos, perder y perderse” (Pág. 147-160)

[2] Jaime G. Rojas- Bermúdez, psiquiatra, psicoanalista y sicodramatista. Fundador de la Asociación de Sicodrama y Sicoterapia de Grupo Argentina (1963), con explícito reconocimiento (Dirección Nacional de Salud Mental) del sicodrama como técnica sicoterapéutica. Ref. https://assg.org/sicodrama/j-rojas-bermudez/

[3] Ver Rojas-Bermúdez (2017) Cap. IV “Sicoterapia sicodramática” y “Sicodrama como tratamiento de niños” (pág. 227-315) en su libro “Teoría y técnica Sicodramáticas”

[4] Ver Rojas-Bermúdez (2017) Cap. II “La sesión de sicodrama” (pág. 37-175) en su libro “Teoría y técnica Sicodramáticas”.

La lectura de literatura en los talleres terapéuticos

Por Monica Abud Perez de Cerqueira Luz

Este artículo tiene como objetivo resaltar la importancia de la lectura de literatura para niños pequeños en una clínica psicopedagógica. El trabajo se desarrolló con un grupo de diez niños con quejas de dificultades para leer y escribir. Usé storytelling para este grupo, basado en la teoría de Winnicott (1975), ubicándolos en un ambiente favorable, lúdico y placentero; donde conté las historias elegidas a través del voto de los niños. La metodología utilizada fue el análisis del discurso a través de entrevistas a familias y otras producciones infantiles. Los resultados mostraron que la mayoría de los niños no tenían problemas, como se señaló inicialmente; simplemente no se habían acercado a la literatura.

Este artículo es el resultado de un trabajo desarrollado en una Clínica Pedagógica con niños de 7 hasta 10 años, quienes según reportes de las respectivas escuelas no sabían leer ni escribir. Así, ellos quedaron excluidos en el aula.

Teniendo conocimiento de la necesidad, realicé una anamnesis con los niños y sus familias para conocer los hechos desde la concepción del niño hasta sus preferencias actuales.

Luego, con toda la documentación, los tutores de los niños firmaron libre y espontáneamente el formulario de consentimiento e informado para que yo pudiera entrevistar a las familias, recogiendo posibles categorías de análisis de estos niños.

Es interesante notar que, de los diez niños, dos no tenían contacto con los libros en casa. Las actividades favoritas en su hogar eran: ver televisión, jugar videojuegos y jugar con muñecos. No se mencionan cuentos ni literatura infantil.

Responder a toda esta demanda no fue fácil, pero después de algunas conversaciones y arreglos, como escuchar, esperar a que el otro hablara y levantar la mano para hablar, terminé pudiendo responder las preguntas.

Ofrecí a este grupo de niños dos sesiones semanales, con duración de una hora, durante tres meses; un trabajo específico con literatura infantil, en una clínica psicopedagógica en la ciudad de Osasco, São Paulo, Brasil.

En el primer encuentro querían saber todo de mí: mi nombre, dónde vivía, si estaba casada, si salía, si trabajaba, si tenía gatos, perros, conejos, cómo llegué a la clínica, dentro otras.

Hicimos un pequeño ritual: cuando entrábamos en la clase, nos disponíamos sentados en círculo. En el medio de la rueda había una caja con seis libros. Los diez niños pudieron elegir el libro. Hicimos una votación, donde trabajábamos la democracia y otras temáticas éticas: respeto, escuchar el otro, hablar en tu momento y principalmente aceptar leer un libro que no habías elegido. Cada sesión los libros eran diferentes.

Una vez elegida, yo les contaba la historia a los niños y al final de la misma les pasé el libro en la rueda para que ellos pasasen las páginas, lo manejasen, mirasen las figuras y si creían ellas estaban de acuerdo con lo que ellos habían imaginado en el momento en que leí el cuento.

En ese otro momento comentamos la historia: partes divertidas, momentos de miedo, de dormir, de querer a la madre, entre otros.

Corroboro con Caldin (2004) cuando afirma que los relatos favorecen la introspección, porque a través de ella el niño piensa en sí mismo y tiene la esperanza de que el sufrimiento experimentado en algún momento de su vida sea fugaz.

Dos veces por semana, durante una hora realizamos esta actividad.

Poco a poco me di cuenta de que algunos niños que no participaron al inicio, estaban más activos e interesados en saber qué pasaría en la trama de la historia.

El lenguaje literario permite que las palabras tengan vida propia, nuevas representaciones y significados. Y sobre la literatura fruitiva, Barthes (2001, p.38) enfatiza que el proceso de lectura es necesario para que el lector se entregue al texto, haciendo una inmersión, no para encontrar su verdad, sino para expandir sus significados.

Así fue como nos apropiamos del espacio, la rueda, los libros. Los niños muestran mucha agitación, como al principio. Supieron esperar el momento para hablar, escuchar, intercambiar ideas sobre los personajes.

En ese momento, sentí que nuestro espacio necesitaba algo más. En ese momento, inserté el arte.

Tomé una caja con diferentes materiales: papeles, telas, tijeras, pegamento, arcilla, pintura, lienzo, lápices de colores. Después de la narración, los niños podrían sacar cualquier material de la cajá y representar la historia o la parte que más les gustó, del personaje más cruel, partes de la historia y finalmente, contar a los demás qué habían hecho y por qué.

La lectura de literatura fue enriquecida con las producciones estéticas y los discursos de estos niños sobre sus producciones. Fueron estimulados, insertados en un ambiente acogedor, rodeados de cariño y con todo el apoyo que pude dar.

Como diría Winnicott (1975), necesitaban un espacio potencial al igual que la madre y el bebé, para desarrollarse plenamente. En cuanto al espacio potencial, Winnicott (1975) dijo que lo importante es establecer vínculos, confianza. Sintiéndose seguro, el niño se libera y comienza a crear.

En ese contexto, desempeñé el papel de madre suficientemente buena, maternal positiva y brindé toda la contención física y psicológica necesaria para que realizaran las actividades sin miedo al error, a los gritos, a la tristeza, al dolor.

Durante nuestras reuniones sentí que los niños eran más autónomos y no me solicitaban con tanta frecuencia. Dos sesiones después, un niño de 8 años dijo:

- "¿Puedo contarte una historia hoy?"

Delante de los otros niños, les pregunté qué pensaban de la idea. Como acordaron, el niño contó su historia sin el libro. No era una historia como la que escuchábamos durante las reuniones.

Y empezó...

- "Un día salí con mi madre y vi un camión de rescate y luego me asusté y le estreché la mano. Luego escuchamos a mucha gente hablando y yo no entendí nada. Entonces mi madre le preguntó a un chico que andaba en bicicleta por la calle. Él dijo que dentro de esa puerta había una fábrica de refrescos y que un joven que trabajaba allí se cayó al caldero. Entonces pensé que era como la bruja, muy caliente y que él se iba morir. Entonces me asusté y abracé a mi mamá. Le hablé del caldero de la bruja malvada y que si el chico se caía se iba a envenenar. Luego ella me dio un beso, me abrazó y me dijo que ese caldero no era como aquel de la bruja y que no estaba caliente y que el chico se iba a quedar con vida. Luego respiré hondo y me fui."

Cuando él terminó la historia, todos querían preguntar cómo sucedió: ¿consiguió él chico salir y subir en la ambulancia?, ¿Se lastimó mucho?, ¿Viste a la bruja?

En el siguiente momento se fueron a hacer actividades con artes y en este día también les di hojas de papel rayado. Algunos niños se arriesgaron a reescribir la historia contada por su compañero de clase. Dibujaron, pintaron y todo lo que hicimos fue clavado en nuestro mural dentro de la clase.

Reitero a Cabrejo-Parra (2004) cuando afirma que, con la lectura de la voz, del rostro, el niño construye su libro psíquico, pudiendo comprender elementos culturales.

Continuamos nuestras reuniones. Ya había pasado un mes, de los tres que duró nuestra actividad. Era visible que los niños habían cambiado y yo también, porque los intercambios son mutuos.

Incluso con las historias contadas por mí, la mayoría estaba interesada en escribir. Vieron cómo pronunciaba las palabras y hasta hacían gestos con la boca.

Durante las sesiones, reemplazamos los libros con historias de vida, como los llamamos. Hicimos una escala juntos en el mural, donde dos niños podían decir algo en el círculo ese día.

Fue una actividad muy significativa, ya que trajeron hechos como: "– Mi perrita parió. Nacieron cuatro cachorros. Pero mi mamá no los quiere todos. Dijo que es mucho perro y ella que limpia sola". Ya hablamos de eso; algunos niños dieron sugerencias, uno de ellos pidió un cachorro.

En otro momento, una niña escribió una historia mientras las demás dibujaban y pintaban o pedían para leer. Fue un cuento de hadas, donde se hizo pasar por la protagonista, rubia y muy guapa. Algunos niños no estuvieron de acuerdo en que la niña pudiera ser el personaje principal; estereotipos que hablan y están arraigados en nuestra sociedad. Pude ver a través de las historias la negación de la raza, problemas familiares como el alcoholismo, agresiones familiares, paseos inolvidables, nacimiento de un bebé, entre otros.

Muchos temas surgieron allí, en ese espacio nuestro.

Muy lentamente nos fuimos apropiando de las cosas que nos rodeaban. Caminamos por la clínica para ver otros espacios, fuimos a la biblioteca para que eligieran libros para leer; puedo decir que leen con seguridad, porque se los llevaron a casa y el compromiso que establecieron con las familias fue leerle a su hijo.

En la siguiente reunión todos querían contar lo que leían, o lo que les leía la familia, cómo era la historia, qué les gustaba, qué personajes eran interesantes y por qué. No se pudo dar las respuestas sobre si era bueno o malo.

El vocabulario se amplió en este intercambio de experiencias con colegas.

Nuestros talleres de lectura literaria hicieron que los niños se relajaran, realizando sentimientos positivos que ya habían perdido, quizás porque fueron excluidos en el proceso educativo y en la escuela.

La confianza que trajo el escenario permitió a los niños hablar, responder, escribir sin miedo. Mi papel allí no era juzgar, sino acoger, acompañar, estar juntos hasta el momento de dejarlos volar.

Suena extraño, pero la despedida también hay que prepararla. Formamos lazos de amistad, respeto, intercambios y no basta con decir adiós y ya está. Paralelamente a esta preparación para nuestro vuelo colectivo, tuve dos reuniones más con las familias para mostrar las actividades desarrolladas y, principalmente, escucharlas sobre las quejas escolares.

Algunas familias se sorprendieron por la actuación de sus hijos. Una madre comentó que el hijo estaba enfermo y pensaba llevarlo al psiquiatra para que tomara medicamentos para calmarse. Y prosiguió:

-"Bueno, pero lo pasé aquí primero, hoy es otro niño y hasta en casa me ayuda."

Noté en las familias mucho dolor y mucho miedo de que sus hijos no prosperen en la vida debido al propio discurso de las familias.

En las últimas tres reuniones nos estábamos preparando para el gran vuelo.

Los estaba soltando, pero bajo mi supervisión y guía. Grabé los discursos, las actividades de escritura realizadas con mimo, el interés por los libros.

Les dejé traer libros de casa y en pequeños grupos de 3 niños trabajaban en las historias en paralelo. Uno leyó, otro escribió y otro contó.

Estos niños descubrieron la pasión por la lectura. Entendieron que, a través de ella hacen grandes viajes, conocen lugares, viven situaciones a veces de miedo, a veces de placer.

Estos sentimientos y sensaciones se amalgamaron en el yo de estos niños y no se derramaron, porque en la escuela no había espacio para esta actividad.

Muchos de ellos no tenían libros en casa por motivos económicos. Otros por su desinterés y el de sus familias por la literatura.

Este acercamiento a la lectura de literatura no solo formó un público lector, sino que también reveló lo mejor de estos niños: sabían leer y escribir, pero tenían miedo.

Este trabajo señala el poder de la literatura en la educación de los niños. Nuestro espacio posibilitó experiencias, intercambios simbólicos y afectivos: placer en escuchar, en leer, en escribir; reflexión, seguridad y calidez.

Las historias trabajadas abrieron espacios para la expresión de sentimientos; una interacción, donde florecieron el juego y la creatividad.

Corroboro con Cândido (1988) cuando afirma que "no hay hombre que pueda vivir sin literatura", ya que está presente en el mundo, es universal e indispensable para la humanización".

Cuando llegó nuestro vuelo, me sorprendió. En la última reunión, un niño dijo en la rueda de conversación:

"- ¿Vamos a hacer una historia juntos?"

Enseguida aceptaron. Y yo pregunté, pero ¿Cómo será?

Una niña respondió:

"-Hablamos y escribimos nosotros".

- "¿Cómo se llamará la historia?", pregunté a los niños. Ellos pensaron, intercambiaron ideas y luego una niña dijo:

- "La bruja envenenada".

La historia empezó y yo, con otros tres niños, escribimos. Cuando terminé, se lo leí a todos. Ellos lo amaron. Querían dibujar, pintar.

Acordé que haría una copia del cuento para cada niño, dejando espacios para el dibujo que se haría en el colectivo en la otra reunión.

En la última reunión, leímos la historia y cada niño dibujó lo que representaba cada parte de la historia.

Al final, cada uno se llevó a casa su proprio libro, fruto de una historia colectiva, pero con la individualidad marcada por las huellas de sus dibujos.

Las despedidas no son fáciles: lloramos, nos abrazamos, intercambiamos números de móvil y correos electrónicos.

Todavía recibo algunos correos electrónicos hoy. Este trabajo tuvo lugar en 2011; lo que significa que los lazos formados allí fueron realmente verdaderos y productivos.

Bibliografía

Barthes, Roland. Mitologias. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil, 2001.

Caldin, Fortkam. A aplicabilidade terapêutica de textos literários para crianças, 2004.

Cândido, Antonio. Vários escritos. 4º ed. São Paulo: Duas Cidades, RJ: Ouro sobre Azul, 1988.

Parra, Evelio Cabrejo. Entrevista para a Revista Nova Escola, 2004, disponível em: acesso em 28/08/20.

Winnicott, Donald Woods. O brincar e a realidade. RJ: Imago, 1975.

Adolescencias intervenidas: una perspectiva en situaciones de vulnerabilidad social

Por Graciela Rajnerman y Griselda Santos

Proponemos, con el equipo de un Centro de día para niños y adolescentes en situación de calle, considerar distintos modos de subjetivación considerando los contextos y peculiaridades en que se desarrollan sus cotidianeidades. Pensamos en procesos de filiación que adquieren una modalidad discontinua y construyen "otras subjetividades". Representan otras lógicas sociales producidas en los márgenes del discurso social predominante. La precariedad de los vínculos familiares se complejiza con lo intermitente de un lazo social fragmentado que la posiciona en un estatus que se mueve en las fronteras de la supervivencia. Recomponer dicha trama requiere ubicar a estos niños y adolescentes en una posición de sujeto, fuera de todo estigma que los cristaliza como un resto social. Reparación que nos demanda re-construir tramas sociales comunitarias que recuperen la noción de conjunto.

"… Los nadie: los hijos de nadie, los dueños de nada.
Los nadies: los ningunos, los ninguneados,
corriendo la liebre, muriendo la vida,
jodidos los nadies, rejodidos.
[…] Los nadies, que cuestan menos que la bala que los mata".

De "Los nadies" en Amares, de E. Galeano (2018)

"… Un clivaje -si no una fractura- es observable: las vidas de los pequeños están divididas. Una frontera se consolida entre aquellos que son llamados simplemente 'niños' y aquellos a los que se identifica como 'menores', es decir a los que habiéndoseles expropiado de la ficción jurídica que en el derecho se asigna a un sujeto de poca edad, han aplicado prácticas de minorización.

Llamaremos prácticas de minorización, a las que niegan (desconocen diversas inscripciones familiares) la inscripción de los sujetos en el tejido social, las que constituyen en las infancias, un resto y, las que ofrecen a las vidas no el trabajo estructurante de la institucionalización sino la institucionalización de las vidas dañadas…" (FRIGERIO 2008).

[1]

El perfil frecuente de los adolescentes que asisten al Caina aplica a la expresión "institucionalización de las vidas dañadas". Historias que dan cuenta, cuando logran ser narradas y transmitidas, de fragmentos de experiencias de desvalimiento, de un deambular sufriente, objeto de maltratos precoces y diversos, sin opciones. Una exposición permanente a correr riesgos y un alto consumo como modo de sobrevivir; la violencia naturalizada y significada como defensa. Sin recursos para acomodarse a convivencias, con escasa posibilidad de confiar, llegan después del fracaso de otros dispositivos e instituciones (hogares, familias). El irse, fugarse, frente a cualquier obstáculo o desencuentro con el/los otro/s está facilitado. El descontrol es el modo preponderante de acción.

Acá nos referiremos a la operatoria psíquica como efecto del desarraigo afectivo vincular. La respuesta del Caina es acogerlos en esta peculiaridad. No se les demanda permanecer ni retribución alguna; la exigencia es de mínima. Se trata de establecer vínculos que admitan experiencias diferentes, acompañándolos tanto en la posibilidad de revisar su situación actual, en re-vinculaciones con familiares u otro/as, como modo de construir algún proyecto futuro.

Entendemos que no hay práctica posible, sin una implicación de quien la tome a su cargo. Dicha situación modifica a los sujetos que la abordan, tanto a los operadores como a nosotras en nuestra función de pensar con ellos sus prácticas y construir estrategias posibles.

Sabemos que cada cultura ordena, a través de sus discursos, los sentidos que definen lo que se puede decir y hacer, lo racional e irracional, lo normal y anormal. De la misma manera, se define qué es un niño o a qué se denomina infancia. En esa perspectiva, desde la modernidad, el niño es objeto de cuidados parentales, son parte del contrato narcisista, inscriptos en una historia familiar. Esta filiación está construida, desde el psicoanálisis, en los vínculos y operatorias maternas y paternas cuyas funciones constituyen sujetos y lazos sociales. Esta filiación implica un orden genealógico y la inscripción en una pertenencia vincular familiar, social y cultural.

Pero ¿cuál es el problema que se nos presenta cuando no hay adultos/padres/familia que pueda/n ser soporte de las funciones de filiación?

Para estas situaciones, que requieren otras intervenciones institucionales, también se han construido "discursos y prácticas" (FRIGERIO 2019) centradas en esos niños que ya no son parte del universo de los niños que promueven ternura y convocan a cuidarlos. Son niños "carenciados", habitantes de territorios institucionales vigilados, abandonados e institucionalizados. Son los menores, parecieran que no son niños. Son menores.

S. Bleichmar describe la escena en que un niño cartonero, de no más de seis años, empuja por las calles un carro y cruza una avenida, sin un adulto que lo proteja (BLEICHMAR 2006). A nadie se le ocurre intervenir o preguntarse por qué un niño cruza solo. Nadie se escandaliza. Estos niños no participan de las mismas reglas y de los mismos derechos de protección en el que están incluidos los otros niños. Está naturalizado que para ellos rijan otras condiciones. El cuidado adquiere otras formas, a veces de bordes indefinidos. No estar escolarizados, trabajar, mendigar, pasa a ser responsabilidad de "las familias". Se invisibiliza la responsabilidad social y estatal. Pero, a su vez, en las ocasiones en las que interviene el estado, los niños adquieren el estatus de "menor".

Así, el niño, ahora menor, transita su devenir en lo que dimos a llamar una filiación en discontinuidad, con encuentros y desencuentros de figuras parentales, objeto de cuidados intermitentes por los otros significativos, con un contrato social fallido o escasamente armado y un linaje familiar fragmentado. Existe hoy, en nuestra cultura, un ideal homogeneizador que lleva a pensar como nocivo, dañino o perverso, a todo aquel que no se ciña al modelo único y hegemónico. Representa lo amenazante y, como tal, se lo segrega.

El menor transcurre en una infancia "intervenida" por múltiples organismos que construyen abultados legajos que atesoran datos de su vida. Allí, los "nadies" tienen nombres, aunque en varias oportunidades adquieran un carácter estigmatizante. Suelen ser nombres burocráticos que marcan las vicisitudes públicas de sus carencias. Lo que en otros niños fluye en un espacio privado, acá es público. A su vez, el conjunto social los sitúa en un lugar humillante y de desconfianza. El modo en que estas "otras subjetividades" se manifiestan, representa otras lógicas sociales producidas en los márgenes del discurso social predominante.

Entre el menor y el niño se tensa un abismo. Una dirección posible para pensar nuestras intervenciones es apuntar a "devolverle al niño su infancia". Devolver la infancia es ofrecerle al niño un vínculo de confianza con un adulto, confianza como garantía de la protección de la vida y del amor. Devolver la infancia también es ofrecer al niño, derechos (al saber, a la protección, a la salud, a la palabra). Derechos que también comprometen la reciprocidad. El foco se centra en un trabajo mutuo de compromiso que también aloje nuestras contradicciones y vacilaciones.

Es fundamental para cualquier tipo de abordaje, intentar establecer un vínculo de mutua confianza y tener una escucha territorial, es decir, estar dispuestos a escuchar otros sentidos de los modos de entender, sentir y sobrevivir en lo cotidiano. Desde una perspectiva individual, debemos intentar una escucha singular que ancle en el deseo de cada uno de ellos. Escuchar sus deseos se torna imprescindible para poder colaborar en la construcción de un proyecto que de sentido a sus vidas. Este proceso, a su vez, requiere de nosotras un constante trabajo sobre nuestras propias representaciones y prácticas, fundamentalmente en lo que hace a la renuncia de expectativas de cambio construidas desde los criterios y referentes de los modelos hegemónicos. Nos debemos un trabajo de demarcación de los supuestos ideológicos que construyen representaciones de los ciudadanos respetables y deseables.

Vulnerabilidad y desafiliación social

R. Castel propone repensar el concepto de "exclusión social" y plantea redefinirlo de modo tal que impacte en la realidad empírica (CASTEL 2004). Lo cuestiona por considerarlo general, homogeneizador y que invisibiliza las diferencias. Como término estático, el término "exclusión", reduce y fija. Plantea que el concepto se encuentra disociado de las redes sociales y societales que permiten la protección de los imponderables de la vida. Las diferentes zonas de vulnerabilidad en las que participan los sujetos son anuladas y fijadas a una sola condición. Esta exclusión implica un modo de inmovilización, de naturalización y de ocultamiento de los procesos y las situaciones que conducen a esa condición: coyunturas diversas donde no es ajeno el orden político. Refleja y designa, en cierta medida, un estado o diversos estados de privación, y con ello se soslayan los procesos que lo generan. Es decir, este término oculta tanto las operaciones que condujeron a esa situación como aquellas que dan cuenta de quiebres y desigualdades sociales. Al mismo tiempo, Castel señala el efecto problemático y su impacto en los vínculos y la subjetividad.

El término exclusión también se refiere a una sociedad que, al parecer, está dividida en dos. Los que se encuentran afuera -los excluidos- y los que se localizan adentro -incluidos-. Lo piensa como una forma de discriminación que, para intervenir, requiere analizar los factores que están en el núcleo. En esa dirección, pensamos que centro y margen son posiciones que se producen y condicionan recíprocamente.

Propone, para reflexionar sobre estos fenómenos, el concepto de desafiliación social, que nos permite pensar la diversidad de lazos y pertenencias que pueden establecer los sujetos. Admite correrlos de una perspectiva centralista y prejuiciosa: el centro sintetiza y normatiza el ideal. Cuando se habla de desafiliación se tiene como objetivo visualizar, no tanto una ruptura, sino un recorrido hacia una zona de vulnerabilidad, esa zona inestable que mezcla la precariedad y la fragilidad de los soportes de proximidad. Permite, además, subrayar la relación de disociación respecto de algo, apreciándose el hecho de que un individuo puede vincularse en ciertos escenarios sociales y, al mismo tiempo, estar desvinculado de otras áreas.

Esta interpretación posibilita reconocer otros modos no convencionales de inclusión de estos "nadies" y hace visibles la multiplicidad de variables que intervienen en estas situaciones. En la situación de calle, construyen pertenencias y vínculos diferentes a los modelos predominantes. Sostenemos que la oposición entre "integrados" y quienes habitan los territorios "marginales" son producto de un mismo sistema. Sistema que organiza las condiciones de quienes son reconocidos solo como excluidos, es decir, significados solo por lo "que les falta" y otros "incluidos" desde criterios familiaristas que definen los modos del cuidado de los niños/as que aceptan y reproducen el contrato social. Históricamente, se maximiza la vulnerabilidad de unos y se minimiza la de otros.

En la mayoría de las situaciones, salirnos del concepto de exclusión y considerar el de desafiliación, admite considerar maneras más complejas y complicadas de construcción de subjetividades. La mayoría de los adolescentes en situación de calle tiene algún tipo de contacto, a veces conflictivo, entre sí y con las instituciones sociales. Pero construye pertenencias ocasionales, que organizan un tipo de identidad. La continuidad de la existencia en la calle suele construir una identidad, a veces "heroica", otras "resignada". En general, suelen quedar fijados en una situación irreversible. Se pierde la condición ilusoria y provisoria que admita algún corrimiento y otras producciones. La identidad queda definida por la pertenencia, la situación y los discursos. No la construyen; se les impone desde discursos y prácticas estigmatizantes. Esta modalidad atraviesa los vínculos que establecen, vínculos fluctuantes y cambiantes. Corrientemente, habitan situaciones de emergencia y sus efectos suelen ser movimientos permanentes de entrar y salir.

En un trabajo anterior (2016) propusimos pensar la filiación de estos niño/as y adolescentes en discontinuidad, decíamos:

"... Las historias de estos jóvenes dan cuenta de una variedad de situaciones y vínculos que tienen en común lo que podemos denominar inestabilidades estables. Relaciones con familiares próximos que pasan a ser lejanos; o con lejanos (tíos, vecinos) que pasan a ser próximos. A través de relaciones amorosas variables, compañeros de calle, también establecen vínculos inestables y amplían sus contactos. Arman otros recorridos que tendrán diversas vicisitudes y establecerán, en algunos casos, experiencias significativas. La filiación se ha construido, y sigue construyéndose, en esa discontinuidad y es la marca que persiste en la mayoría de sus vínculos".

Dicha discontinuidad, suele estar acompañada de un escaso cuidado y de poca ternura; escenario que no contribuye al control impulsivo y produce, en lo social, conductas violentas y posiciones desafiantes. El cuidado por los adultos, en el presente, puede ser vivido como imposición y agresión. A su vez, esos jóvenes no registran el valor del propio cuidado y del riesgo que corren al exponerse sin condiciones mínimas de protección. Con ellos, con cada uno de ellos, habría que inventar otros modos de cuidar, que hicieran foco en el valor de la vida, la propia y la ajena.

Hoy proponemos complejizar la idea de discontinuidad en lo filial con la idea de desafiliación social (CASTEL 1995). La precariedad de los vínculos familiares

se complejiza con lo intermitente de un lazo social fragmentado que acerca a estos jóvenes a un estatus que cabalga las fronteras de la supervivencia. Eventualmente, en ocasiones, logran articular formas espontáneas de recomposición en que las identificaciones recíprocas se producen bajo otros códigos.

La carencia, el desapego, producen un escenario donde el niño/a, adolescente se constituye muy lábilmente en sujeto psíquico. Este es el mismo sujeto que no logra construir apuntalamientos sólidos. Lo frágil constituye una manera de ser para sí y para el mundo, quedando identificados con enunciados que los sitúan como resto, por fuera de la perspectiva de futuro.

Existe un quiebre entre estos niños/as, adolescentes y el orden social hegemónico. S. Bleichmar habla de recomponer el pacto intersubjetivo (BLEICHMAR 2008). Alude a que no le podemos pedir a las familias que están avasalladas que lleven solas adelante la tarea de subjetivación de sus niños. Marca, en lo comunitario, una vía fecunda para cualquier proceso subjetivante.

Pensamos la desafiliación social como una de las facetas de ese pacto intersubjetivo desmantelado que no ofrece amparo, cuidado, ni moratoria adolescente para quienes desafían sus emblemas y no respetan sus códigos. Recomponer dicho pacto intersubjetivo, implica generar apuntalamientos que ayuden a co-construir junto a dichas familias arrasadas, legalidades que tengan en cuenta sus necesidades y posibilidades. Dicho armado requiere de una mirada que ubique al otro en una posición de sujeto, por lo tanto, fuera de todo estigma que lo cristalice como un resto social. Esta reparación nos demanda construir tramas sociales y comunitarias que recuperen la noción de conjunto.

En términos de M. Viñar: "... el sentimiento de tener un horizonte futuro, un proyecto, una sanción singular del modo de vivir, de marcar nuestra residencia en la tierra define una distancia significativa entre vivir y sobrevivir, entre vivir y durar, entre la vida nuda y la vida plena" (VIÑAR 2013). Más adelante agrega: "… instalada la miseria social como miseria psíquica en la mente del hombre supernumerario (Marx), del hombre superfluo (Arendt), del hombre descartable (Ogilvie), la situación no será reversible sin una acción sinérgica donde el emprendimiento del trabajo social (trabajo, vivienda, salud, educación) se conjugue con acciones sobre la subjetividad".

Se trata de intentar salir de la nuda vida, de una vida que no tiene más proyecto que la supervivencia, expuesta a violencias desestructurantes, sin una mirada que le otorgue la posibilidad de sentirse sujeto existente.

Esa "miseria social instalada como miseria psíquica" tratando de diluir fronteras, donde lo social participa y marca el psiquismo, nos dice Marcelo Viñar, lo inflama, lo arrasa, lo deconstruye. Ese mismo sujeto instalado en el mundo, es invisibilizado. Es destituido por el semejante ya que ve en él la cara de lo despreciable y lo devaluado. Deconstrucción, en tanto que pone al descubierto las condiciones de base, en tanto que exhibe lo social como productor de subjetividades. Deconstrucción que implica una posición crítica respecto de un sistema que naturaliza las desigualdades.

Es desde esta posición que nos parece muy fértil el enfoque de G. Frigerio, cuando propone pensar la tarea con una población de niños/as, adolescentes en situación de vulnerabilidad social, como una tarea de acompañamiento a la que denomina "oficios del lazo" (FRIGERIO 2019). Entre las diferentes marcaciones que hace la autora a esta práctica, queremos señalar dos características que a nuestro entender son dos desafíos permanentes: la posibilidad de que exista un mundo común y la disponibilidad a correr riesgos.

Lo común enmarca un circuito donde todos nos pensamos seres vivos; eso "otro" que representan estos niños tan cercanos a lo ominoso, a lo no deseable por nadie, es también parte de lo humano. Pensar la idea de lo común es ubicarnos como "otro", posicionarnos en el lugar del semejante. El desafío es construir, en cada situación, un circuito que los incluya, que los afilie, que los entrame en la heterogeneidad.

La idea de la disponibilidad a correr riesgos nos parece un hallazgo valioso. Peligros, accidentes, violencias, consumos, inseguridades que atraviesan el cotidiano de la población que abordan, no siempre son significados como tales y construyen un sentido "común" que cuesta entender, conmueve nuestras percepciones, nuestros sentires y nuestros esquemas teóricos referenciales.

La emergencia de la violencia es una problemática a la que se enfrentan cotidianamente quienes trabajan con una población en situación de vulnerabilidad social. Nos cuestionamos cómo intervenir en dichas situaciones, donde la palabra no tiene lugar y donde los golpes arman un lenguaje irrefrenable, otra "lengua" de la que, en ocasiones, somos extranjeros. Nos referimos a reconocernos también con afectos, miedos, enojos, empatías, desconciertos. Convocar a deconstruir esquemas y modelos para construir o inventar otros, con nuevos códigos y propuestas de modos diferentes de establecer lazos.

Los que ejercen sus prácticas en el territorio de los "nadies", en ocasiones se transforman en nadies, sin reconocimientos social e institucional de sus funciones y múltiples tareas.

Pensamos que estas infancias y adolescencias vulnerables, objeto de intervenciones institucionales diversas son, para el discurso psicoanalítico, más aún "lo otro" porque cuestionan no solo nuestros modelos teóricos sino también el "poder" de nuestras prácticas. Al mismo tiempo, nos demandan sostener nuestra incertidumbre, ya que se requiere de un saber - no saber para poder hacer, para abrir, para pensar y crear producciones.

Bibliografía

1. Bleichmar, S. (2008) "Violencia Social-Violencia escolar". En De la puesta de límites a la construcción de legalidades, Buenos Aires, Noveduc.

2. Bleichmar S. (2006) No me hubiera gustado morir en los 90. Buenos Aires, Editorial Taurus.

3. Castel, R. (2004) Las trampas de la exclusión. Trabajo y utilidad social. Buenos Aires, Editorial Topía.

4. Galeano, E. (2018). Amares. Buenos Aires, Siglo XXI Editores.

5. Frigerio, G. (2008) La división de las infancias: ensayo sobre la enigmática función antiarcóntica. Buenos Aires. Del estante.

6. Frigerio, G., Korinfeld, D., Rodríguez, C. (coords.) (2017) Trabajar en las instituciones: los oficios del lazo. Buenos Aires, Noveduc.

7. Frigerio, G., Korinfeld, D., Rodríguez, C. (coords.) (2019) Las instituciones: saberes en acción. Aportes para un pensamiento clínico. Los oficios del lazo. Buenos Aires, Noveduc, Vol. III.

8. Rajnerman, G., Santos, G. (2016) "Lo discontinuo como marca filiatoria". En Pensar la niñez. Psicología del desarrollo desde una perspectiva americana. Lima, Editorial Grijley.

9. Viñar, M. (2013) Mundos adolescentes y vértigo civilizatorio. Buenos Aires, Noveduc

---

[1] Caina, Centro de Atención Integral para la Niñez y la Adolescencia. Centro de día para los jóvenes en situación de vulnerabilidad social. Dispositivo de mínima exigencia dependiente del Ministerio de Desarrollo Social de C.A.B.A.

El goce de la transgresión en contexto de pandemia

Por María Belén Ruiu

Los analistas y practicantes del psicoanálisis no solo tenemos la responsabilidad de hacer clínica interrogando y teorizando los efectos dentro del consultorio, en el ámbito público o privado, sino de hacer una lectura, interrogando y teorizando los efectos subjetivos a nivel social. Responsabilidad, tal como la etimología de la palabra lo indica (del verbo en latín respondere) en cuanto a poder dar una respuesta frente a problemáticas y acontecimientos sociales como lo es hoy la actual pandemia.

El Coronavirus COVID-19, es el nombre que hoy tiene el trauma, el cual se oye en exceso, se repite cada vez, todos los días, en todos los medios de comunicación. En esta repetición excesiva, cada vez, se intenta circunscribir, dar un sentido a este real que irrumpió en la sociedad mundial intentando simbolizar con un nombre científico y datos estadísticos, aquello que como real es imposible de simbolizar, de imaginar e imposible de soportar.

Frente a aquello no representable, existen diferentes respuestas subjetivas y, por supuesto, singulares, ubicándonos de modo diferente frente a la relación tanto con lo real como con la castración. Habrá quienes crean -y creen al modo de invención- y habrá otros que descrean de este límite que llamamos castración. Sin embargo, más allá de las respuestas singulares que pueda dar cada sujeto, nos detendremos a hacer una lectura a nivel social, pandémico, puesto que atraviesa la sociedad moderna, en torno a la respuesta adoptada frente a lo real del virus: la increencia como posición subjetivo-social. En este punto se puede hacer un parangón entre la psicosis y la respuesta social frente a la pandemia en el punto de esta increencia.

Cientos de conferencias, campañas publicitarias, enunciando “quedate en casa”, donde la enunciación que subyace y que parece presentar dificultad es la posición que debe tomar el sujeto respecto al Otro, en este caso al semejante: “quedate en casa, para cuidarte y cuidar al otro”. Es una frase que impresiona bastante altruista e ingenuamente empática, si no tuviéramos en cuenta la dificultad constitucional fundamental que implica para un ser hablante este pedido, más aún dentro de las coordenadas sociales actuales donde la declinación del Nombre del Padre es un hecho.

Remontándonos al Seminario sobre “La Ética”, J. Lacan hace un recorrido para dar cuenta de la relación paradójica que existe entre lo real y lo simbólico en términos de goce y Ley como barrera simbólica. A la altura de este Seminario, el goce se plantea, no solo como imposible, sino como estructuralmente inaccesible, de modo que únicamente se puede tener acceso a él por medio de un forzamiento, de una transgresión. Propone el mandamiento de “Tu amarás a tu prójimo como a ti mismo” para abordar el concepto de Ley simbólica, la cual impide alcanzar la Cosa, evitando los excesos constitutivos que el goce implica. Por lo tanto, franquear esta barrera simbólica, alcanzaría el desgarramiento del goce. En relación a ello, la resistencia ante este mandamiento, y la resistencia que se ejerce para trabar su acceso al goce son una sola y única cosa -al decir de Lacan-. El retroceso frente a este mandamiento que implica la Ley, da cuenta de la barrera frente al goce introduciendo una interdicción, al modo de un intento de regulación de aquel goce imposible, impidiendo alcanzarlo. Siguiendo a Lacan, retrocedemos “frente al atentar contra la imagen del otro, porque es la imagen sobre la cual nos hemos formado como yo[1]” (LACAN, J.; 1964: 242).

Esta noción es nodal para ubicar la posición de la sociedad actual frente a la pandemia y a la indicación, cual mandamiento, “quedate en casa”. Por eso es que planteamos una psicotización de la sociedad ubicando la fragilidad y la caída de estas barreras simbólicas como consecuencia, no solo de la declinación del Nombre del Padre, sino también de los efectos que acarrea esto. Se puede pensar la consecuencia en el lazo social, donde justamente la falta de mediación del Otro como ley, implica que la relación al semejante se torne en una rivalidad paranoica, donde lo que se pone en juego es la exclusión de uno o del otro, cayendo en la trampa en la que no hay uno sin el Otro.

Podría parecer no tan simple de comprender, pero justamente no se está en el campo de la comprensión puesto que implica un registro que engaña, sino más bien de escuchar y observar el entorno. Las imágenes, testimonios, videos que recorren los medios de comunicación, donde los profesionales de la salud manifiestan su padecimiento frente al colapso sanitario, poniendo el cuerpo allí donde lo real de la enfermedad del Otro acecha, pidiendo la colaboración de las personas quedándose en su casa, tomando las medidas y cuidados de higiene y distanciamiento. Sin embargo, esta solicitud a modo de mandamiento, parece no tocar el cuerpo de sectores de la sociedad. Es por ello que indagamos en estas cuestiones y planteamos una sociedad en término de psicosis en cuanto al modo de respuesta, en el punto, de esta transgresión e increencia al límite. Algo de esto efectivamente está sucediendo, la palabra hoy no tiene el uso y el efecto de mediación, por lo que se atenta contra el Otro y por lo tanto contra uno mismo.

Si con Freud aprendimos que la muerte y la sexualidad son límites de la condición humana, ya que son representantes que no-todo se puede, no-todo es posible, parece que en la sociedad actual no hay registro de este “no”, puesto que tenerlo implica una objeción al narcisismo. Es por ello que hay diferentes posiciones que se pueden tomar frente a lo real, a la no-relación: o la creencia, respondiendo frente al desarreglo fundamental con la invención, ya sea por medio del arte o del síntoma; o la increencia, habilitando que todo es posible, “alcanzando” en algún punto el goce- todo.

La increencia en el virus, en las medidas para evitar el contagio, el “a mí no me va a pasar nada”, nos deja expuestos a la muerte, franqueando las barreras, la transgresión nos lleva a la muerte.

Se tratará en todo caso de la lectura que cada uno pueda hacer de la situación y qué posición cada sujeto pueda elegir tomar, que sea menos riesgosa tanto para sí como para el otro, dando lugar a la invención singular, eso es la libertad.

Bibliografía:

- Lacan, J. (1953-54). “El Seminario Libro 1: Los escritos técnicos de Freud”. Buenos Aires. Paidós. 2006.

- Lacan, J. (1959-60). “El Seminario Libro 7: La Ética del psicoanálisis”. Buenos Aires. Paidós. 2006.

- Miller, J.A. (1998-99). “Paradigmas del goce”. La experiencia de lo real en la cura psicoanalítica. Los cursos psicoanalíticos de Jacques-Alain Miller. Buenos Aires. Buenos Aires. Paidós. 2008.

---

[1] Lacan, J. (1959-60). “El goce de la transgresión”. El Seminario Libro 7: La Ética del psicoanálisis”. Buenos Aires. Paidós. 2006.